

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

MIEDO EN LA GALAXIA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUJERÍA

la conquista del

ESPACIO

MIEDO EN LA GALAXIA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Curtis Garland

MIEDO EN LA GALAXIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 108

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTÁ— BUENOS AIRES —CARACAS—
MÉXICO

Depósito legal: B. 31.540-1972 Impreso en España —Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1972

© CURTIS GARLAND —1972

texto

© ANTONIO BERNAL —1972

cubierta

e-book: Jack!2014

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 —Barcelona— 1972

Todos los personales y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

102. —El invasor errante. —*Ralph Barby*

103. —La metrópolis. —*Curtis Garland*

104. —El monstruo de un billón de cabezas.— *Glenn Parrish*

105. —Insólita dimensión. —*Curtis Garland*

106. —Muerte en Undar. —*A. Thorkent*

107. —Puerta a otro mundo. —*Glenn Parrish*

CAPITULO PRIMERO

—Estamos llegando —dijo Janos.

Yo asentí. Había comprobado ya ese punto a través de las pantallas de mis computadoras. Me limité a dar una respuesta rutinaria:

—Prepare todo para posarnos en suelo firme, teniente.

—Sí, señor —afirmó Janos, tan rutinario como yo mismo.

Creo que, en principio, eso fue todo. No tenía por qué haber más. Siempre sucedía de esa forma. Era parte de una rutina. Hubo un tiempo en que quizá resultó fascinante, prometedor de fabulosas aventuras, de desconocidos pasos en lo ignoto. Ahora, no. Como todo lo que se ha hecho muchas veces, deja de perder el encanto de lo nuevo, para pasar a ser simple trámite.

Aquella vez, no había razón para esperar que ninguna cosa fuera diferente a otras. Cuando menos, ni Janos ni yo lo esperábamos, mientras los poderosos sistemas de propulsión de a bordo actuaban, para vencer la colosal fuerza de atracción, y hacer una entrada serena y sin riesgos en la atmósfera del planeta.

Janos y yo éramos veteranos en la tarea, pese a nuestra juventud. Ambos habíamos ganado nuestras respectivas graduaciones en vuelos como éste. Lo de ahora, sencillamente, no constituía sino un acto rutinario más, sin nada especial en sus diversos trances.

O, cuando menos, eso pensábamos nosotros.

El teniente Janos Vaszar lo pensaba. Yo, su comandante, Elmer Rocket, también.

No éramos personas afines en casi nada. El tenía un modo de ser; yo, otro. Creo que jamás estuvimos de acuerdo en cosa alguna, salvo en los aspectos puramente técnicos y científicos de nuestros viajes. Y en nuestra disciplina como miembros de la Sociedad Internacional de Vuelos Espaciales. Salvo eso, no teníamos nada en común. Ni tan siquiera la edad o aspecto físico. El era moreno, esclavo de rasgos y de idiosincrasia; yo, rubio, sajón y posiblemente algo híbrido, por la

mezclanza de razas de mi tierra. El era pequeño y rechoncho; yo, atlético y muy alto. El poseía una inteligencia bastante notable, pero nula imaginación. Posiblemente yo no fuera demasiado listo, pero poseía estudios. Y, sobre todo, imaginación. Mucha imaginación, aunque bien controlada por mi sentido común. Un cosmonauta que se deje llevar por su lado imaginativo, no llegaría muy lejos. O, quizá, llegaría demasiado lejos. Ese es el peligro. Un arma de doble filo.

Sin embargo, pese a nuestras diferencias, o acaso por ellas mismas, Janos y yo nos llevábamos bastante bien. Era nuestro sexto viaje juntos. Antes habíamos hecho periplos de todo tipo: científicos, exploratorios, experimentales o estratégicos.

Este era diferente. Ni siquiera tenía un objetivo demasiado concreto. En nuestro habitual programa de viajes espaciales, era rutinario del principio al fin. Creo que ni el teniente Janos Vaszar ni yo le dimos excesiva importancia desde un principio, aunque no cambiáramos impresiones al respecto en ningún momento.

Ahora, sin embargo, debo confesar que me sentí algo impresionado. Era la primera vez que llegábamos tan lejos.

Habíamos dejado casi cinco mil millas atrás la banda de corpúsculos rocosos y de hielo que formaban su enorme anillo, aquel que daba a nuestro visitado mundo el aspecto de un planeta diferente a todos. Visto ahora, a menos de tres mil millas de su superficie, no se diferenciaba gran cosa de los demás. A mí, personalmente, me pareció idéntico. O, cuando menos, muy parecido.

—Por fin, teniente —dije, con un suspiro—. Hemos llegado a Saturno...

—Saturno... —murmuró mi oficial—. Sí, señor...

Y nos quedamos mirándolo, por las ampliaciones automáticas de las pantallas de televisión de la computadora principal.

Saturno.

Se diferenciaba poco de la imagen prevista por todos. Bandas nubosas, brumas, aspecto nebuloso, envolviendo su superficie. Y detrás nuestro, las tres bandas luminiscentes, constituidas por aquellas miríadas de cuerpos sólidos, diminutos, flotando en órbita eterna, alrededor del planeta que tardaba veintinueve años en circular la órbita solar. Justamente veintinueve veces lo que nosotros tardamos en recorrer esa misma órbita... Allí el tiempo debía de ser distinto.

Muy distinto... Y quizá otras muchas cosas.

—Si fuéramos los primeros en llegar, señor... —comentó el teniente Vaszar—. Sería hermoso, casi alucinante, ¿no cree?

—Tal vez. Pero no somos los primeros, teniente. Ni mucho menos. Sólo es un viaje de rutina. Saturno ha recibido ya más de veinte visitas humanas. Sólo que nosotros llegamos tan lejos por vez primera.

—Las cosas nunca son iguales, después de la primera vez, ¿no le parece?

—No, no son iguales. Imagino que la ilusión de Armstrong, al pisar la Luna, nadie la experimentó ya en lo sucesivo. Era repetir algo que otro había hecho por primera vez. Ahora, la Luna es algo tan frecuentado y tan rutinario como ir a Florida para broncearse, o a Sun Valley para deportes de nieve. Nuestras colonias allí, son múltiples, y frecuentemente visitadas. Nosotros mismos hemos estado infinidad de veces en el satélite. Ha perdido, así, todo su posible encanto.

—Cierto, señor. Igual le ocurrirá un día a Saturno. Y a Urano, a Neptuno...

—Bueno, eso tardará algo más —suspiré—. Pero sí, sucederá algo parecido. De momento, nuestro puesto avanzado en Saturno, es importante ya. La Colonia Z-06 es vital para el estudio no sólo de Saturno y sus particularidades físicas y geográficas, sino para estudiar el espacio exterior, en los confines del Sistema Solar. Creo que existe la idea de alzar una nueva colonia en Urano, dentro de cinco o diez años. Luego serán Neptuno, Plutón... y por fin el salto intergaláctico. Es ley de vida, Janos. Siempre un paso más. Siempre más adelante, más lejos...

Accioné los controles automáticos. Suavemente, la nave descendió, venciendo la resistencia de las brumas de Saturno, en su densa atmósfera, posiblemente cargada de metano y de otros gases nocivos para la respiración humana. De cualquier modo, nuestros equipos, aparte la propia nave, nos protegían de cualquiera de esos riesgos.

—Estamos justamente sobre las coordenadas —dijo Janos, consultando sus mapas luminosos, graduados electrónicamente por el computador. Hizo una rápida medida sobre ellos—. Vamos a descender en Colonia Z-06, sin el menor fallo, señor.

—Muy bien —asentí—. No quisiera verme perdido en un planeta que desconozco... y que tiene un diámetro más de nueve veces superior al de nuestro planeta. No sería una experiencia agradable, estoy seguro.

Nos hundimos en una auténtica masa de atmósfera nubosa, turbia, y los indicadores de a bordo marcaron la presencia externa de gases letales, composiciones químicas irrespirables y una densidad muy diferente a la de la composición atmosférica de la Tierra. La fricción, reducida por los sistemas de propulsión de a bordo, no constituía peligro para el fuselaje liviano, pero tremendamente resistente, de nuestra nave espacial.

Estuve atento a los datos ofrecidos por la computadora. Todo iba bien en el descenso. De momento, no había problemas.

Problemas...

La idea casi me hizo reír. No, no había problemas. No en el descenso de la nave. Ni en los aspectos técnicos. No era fácil que los hubiese. La Astronáutica había alcanzado un nivel demasiado perfecto para tales riesgos.

Eran..., eran otros los problemas. Ajenos a la nave. Ajenos a Saturno. Ajenos al espacio. Pero no ajenos a mí. No, eso desde luego, no. Los problemas estaban en mí. Iban conmigo...

Janos Vaszar estaba preocupado, distraído con sus propios cálculos y maniobras para el descenso definitivo sobre el suelo de Saturno. Yo, en ese momento, resolví pensar un poco en mí mismo. Eso no haría daño a nadie. Y podía abrir ante mí algún resquicio de esperanza por pequeño que fuese...

Apliqué sobre mis sienes y corazón una serie de sondas magnéticas del computador. Puse mis dedos en el tablero metálico. Algo me punzó de forma hiriente en un dedo. Sentí correr la sangre.

Con mi mano diestra, pulsé un resorte. Era el rotulado: «COMPROBADOR CLÍNICO». Esperé. La pantalla verde del televisor de la computadora, se llenó inmediatamente de cifras. Las leí con indiferencia. Eran sólo una serie de datos técnicos del diagnóstico electrónico. Preferí saber a ciencia cierta la conclusión de la máquina. Pulsé otro botón, el de resultados definitivos.

La pantalla se iluminó con una sola frase en verde fluorescente:

«ENFERMEDAD INCURABLE. ESTACIONARIA. SEMANAS DE VIDA APROXIMADAS: 3-5»

Respiré hondo. Pulsé el botón. Se borró el texto en la pantalla. Oí a Janos preguntar a mi espalda:

—Eh, señor, ¿qué era eso? ¿Decía algo especial la computadora? ¿Alguna advertencia?

—No, nada —resoplé—. Nada que le pueda preocupar, teniente. Todo va bien. Vamos a tomar tierra en Saturno, dentro de pocos instantes. No hay novedad...

La pantalla ya nada me decía. Ni era necesario. Yo podía recordar aquellas palabras, escritas por la computadora, con esa frialdad hermética e implacable de las máquinas: «Enfermedad incurable. Estacionaria. Semanas de vida, aproximadas: tres a cinco...»

No había error. Era la repetición exacta del diagnóstico obtenido en la Tierra. Era mi propio estado actual. Era mi sentencia definitiva. El viaje espacial no había servido de nada. Seguía condenado a morir.

De modo que aquél era mi último viaje.

El último viaje...

Y sin retorno. Imposible volver a la Tierra. Imposible volver jamás a ver lo que había sido mi mundo de siempre.

Cinco semanas era el tope. El viaje a Saturno era bastante más largo, a pesar de las grandes velocidades de las naves actuales. Además, debíamos estar, como mínimo, dos semanas en Saturno, esperando el momento propicio del retorno, y ocupándonos de preparar todos los datos para el relevo del personal de Colonia Z— 06, a realizarse el próximo semestre. Además de eso, llevábamos instrumental, mecanismos, material de repuesto para la colonia. El doctor Sahk iba a agradecer mucho todo aquel envío científico y técnico para su puesto avanzado en el Sistema Solar. Los viajes a Saturno no eran frecuentes. Todavía no. Empezaban a serlo a Júpiter y a sus satélites naturales, pero Saturno aún era un mundo distante, quizá demasiado distante, incluso...

De modo que era mi último viaje...

Moriría en Saturno. Lo había sabido siempre, desde que abandoné la Tierra con el teniente Janos Vaszar, en aquella misión puramente técnica. Al salir de nuestro planeta, éramos cinco astronautas. Tres se quedaron en Júpiter, tras nuestra salida del satélite Ganimedes, impulsados por la Estación Interplanetaria Alfa 32. Éramos dos los que llegábamos a Saturno. Y de los dos, uno sólo regresaría a Júpiter, para proseguir viaje de regreso a la Tierra: el teniente Vaszar. Yo, sería sepultado o incinerado en Saturno, según la costumbre que el doctor Sahk hiciera ley allí.

Había ido a Saturno a morir en él. Ni más ni menos.

Hubo una leve esperanza durante el viaje: que el salto a lejanos mundos, donde las condiciones de vida. eran tan diferentes, cambiasen la naturaleza de mi enfermedad incurable. No había sido así. La computadora, en su análisis clínico inexorable, no había vacilado: mi muerte era segura. Y a corto plazo.

A muy corto plazo...

—Nos hallamos ya sobre la estación, señor.

Asentí. La pantalla marcaba exactamente el Punto Cero de nuestro destino. La Colonia Z-06 estaba bajo nosotros, en la superficie de Saturno. La fuerza de atracción del gigantesco planeta, estaba siendo compensada por los reactores de a bordo, en plena acción. Aun así, notábamos su atracción poderosa, absorbente.

Nos ajustamos los trajes espaciales de presión variable y de fuerza antigravitatoria. De otro modo, seríamos como losas sobre Saturno, pesando casi un veinticinco por ciento más que en la Tierra, lo que nos haría torpes y lentos en demasía. Y aun ese peso era relativamente poco mayor, relacionado con la Tierra, si teníamos en cuenta que el volumen de Saturno, comparado a la Tierra, era de 1 a 736, y su masa o peso, de 1 a 93. Solamente su menor fuerza de gravedad impedía que, en el suelo saturnal, una libra de peso fuese cientos de veces más. En Júpiter, sin embargo, mi peso normal, de ciento sesenta libras, alcanzaría, fuera de una estación hermética terrestre, la friolera de cuatrocientas veintitantas libras. Resultaba casi cómico imaginarse a un ser humano como un mastodonte semejante.

De cualquier modo, tampoco en Saturno era problema nada de su superficie y de su aire exterior. La colonia, como todas, era hermética, aislada, con muros impenetrables, y sistemas autónomos para producir energía eléctrica, aire respirable, agua e incluso una gravitación artificial, idéntica a la Tierra, que no hiciera sentir diferentes a los humanos allí enviados.

El Punto Cero quedó centrado en la pantalla. Estábamos bajando verticalmente. Pronto nos absorbería la compuerta del espaciódromo de Colonia Z-06, y seríamos huéspedes del doctor Sahk, el hombre que regía aquella avanzada terrestre en Saturno.

El viaje tocaba a su fin, definitivamente.

Me incliné de pronto sobre la computadora. Se había encendido la luz roja de contacto. Miré la banda magnética, donde aparecieron cifradas unas letras teletransmitidas. Identifiqué su clave sin dudar.

—Mensaje de la Tierra —dije—. Extraño, ¿no? Directo desde nuestro mundo, teniente.

Janos abrió mucho los ojos, me miró con sorpresa, y luego clavó su mirada en la computadora.

—Muy extraño —convino—. Siempre transmiten desde Júpiter o

Marte...

Asentí, pulsando el botón correspondiente a la traducción automática de cualquier mensaje transmitido en la correcta forma del código terrestre entre naves y colonias.

La pantalla me dio un texto conciso, breve, insólito:

«Orden de emergencia. Directa del Centro de Seguridad de Cosmodromo-Metrópolis. Arreste inmediatamente a un tripulante acusado de asesinato en primer grado. Es una orden, comandante Rocket. Nombre del culpable: teniente Janos Vaszar. Firmado: Luc Braddern. Seguridad Mundial.»

Me volví, aturdido, incrédulo.

—Inténtelo, señor —dijo—. Inténtelo... y es hombre muerto.

Nuestra nave, movida por el control automático, descendía va sobre el suelo de Saturno...

CAPITULO II

—Asesino... Pero, ¿por qué, Janos? Tiene que haber un error...

—No. No hay ningún error.

—De modo que es culpable. ¿Lo es, teniente?

—Lo soy, señor.

—Culpable... de asesinato en primer grado —insistí.

—Sí.

—Dios mío... —me pasó una mano por el rostro—. ¿Por qué, amigo mío?

—No me pregunte, señor —se encogió de hombros—. Como suceden estas cosas siempre. Uno no sabe lo que ha hecho, hasta que es ya demasiado tarde...

—¿A quién, Janos? ¿A quién ha matado?

—A mi esposa —dijo él fríamente.

Pestañeé. No pude contener mi horror ante aquella respuesta helada, imperturbable. Como si lo que él había hecho fuese lo más natural del mundo.

—Janos...

—Lo sé, señor. No diga nada. No vale la pena. Sé todo lo que piensa decir, todo lo que estará en su mente y en sus labios. Puede ahorrárselo.

—Pero, Janos, ¿cómo..., cómo hasta ahora no..., no se supo...?

—Lo supe ocultar bien —sonrió, casi cínico—. Nadie se dio cuenta. Pero desgraciadamente, esto tenía que suceder. Tarde o temprano. Y ha sucedido. Se descubrió el crimen. Quizá el cuerpo del delito también. Saben que la maté. Y ordenaron mi captura. O mi muerte.

—Teniente, usted ha leído el mensaje. Usted conoce las leyes. Debo arrestarlo.

—Debe intentarlo —me objetó—. Es diferente.

—Ya veo —miré su mano armada. De reojo, examiné las pantallas del computador. Estábamos casi en el suelo de Saturno. Casi en el interior de la base terrestre en el planeta anillado. Yo seguía siendo en teoría el comandante de vuelo. Pero él me tenía bajo la amenaza de su arma. Hice una pausa, antes de añadir, serena mi voz —: ¿Cuánto va a durar esto?

—No sé. Hasta que nos posemos, como mínimo. Luego, usted intentará resolver las cosas a su favor. Y yo al mío.

—Sabe que no hay alternativa. Conozco los hechos. Soy el jefe de vuelo. En la colonia, todos se rigen por leyes internacionales. ¿Qué espera lograr?

—Quizá nada. Por el momento, sin embargo, no soy su prisionero.

—Tal vez no. Pero lo es de sí mismo, Janos. De su circunstancia, de su propio delito... Esto es una trampa. La mayor trampa de todos los tiempos: un hombre puede huir en su propio planeta, con más facilidad que en el inmenso espacio cósmico, Janos. Aquí no hay escapatoria. Y no la hay, porque los pocos que en él nos movemos, nos necesitamos mutuamente. No podemos estar solos. Y, a la corta o a la larga, debemos ir unos en busca de otros forzosamente, para intentar sobrevivir.

—Cuando se es un asesino, sólo se puede sobrevivir en soledad. Ir en busca de otro, es ir en busca de la sentencia, de la justicia. De la condena, en suma.

—Ese es un final irremediable, teniente Vaszar. Aquí, o en la Tierra.

Hubo un silencio. Estábamos ya posándonos. Notaba la tremenda presión sobre mí, aunque los sistemas interiores de aislamiento de la nave nos impidieran sufrir sus consecuencias directas. Rugían los motores bajo nosotros. Y empezaban a reducir su potencia, prueba inequívoca de que el final del viaje estaba allí, ante nosotros. A unos escasos segundos ya.

—Por el momento, siga sin moverse, comandante. No haga nada

contra mí cuando nos detengamos —avisó—. O le mataré.

No dudé de que lo haría. Estaba dispuesto a ello. Recordé algo que se acostumbraba a decir: el que mata una vez, mata dos. O tres. O más. Janos Vaszar no parecía dispuesto a refutar esa tesis.

—Bien —dije—. Supongamos que obedezco. ¿Y después...?

—Después... es mi problema. Sólo mío, señor —dijo.

Y apretó los labios. No le respondí palabra alguna. Me limité a esperar aquel «después» que, según Janos, era simplemente cosa suya.

La nave se quedó estática de repente. Había terminado la maniobra. Estábamos en Saturno.

Por los micrófonos de intercomunicación, nos llegó una voz nítida:

—Identifíquese, nave terrestre. Aquí, Estación Z-06. Esperamos identificación.

Respondí, calmoso:

—Aquí, nave Tierra-Saturno 009, Vuelo Icaro 112-3271 Clave Aldebarán 14. Identifíquese ahora usted, Estación Colonial Z-06.

Por el micrófono llegó la respuesta codificada, que pasó a la computadora:

—Estación Colonial Z-06, Saturno Zona 49, Sector 1181 Cuadrante B-ZA-1084. Texto clave de control: Tierra, Misión Exploración Selene, Ruta Solar 11, Geos 1903.

La computadora zumbó, registrando los informes. En pantalla asomó la respuesta programada:

«Correcto. Conforme controles.»

Eso actuó automáticamente sobre los sistemas de a bordo. Chascó un resorte, luego otro. Y otros vario más. Una puerta se deslizó en el muro curvo, de blanco aséptico. Vi aparecer la segunda compuerta de seguridad. Iba a ser franqueado el paso al exterior, sin problema alguno.

Me pregunté qué era lo que iba a hacer ahora m oficial, compañero de viaje a través de los espacios. Por que fuese lo que

fuere, tenía que hacerlo ya. Ahora mis mo. En cuanto se abriese la tercera puerta, la definitiva.

Y ésa, ya se estaba empezando a abrir.

Entonces, justamente entonces, nos llegó la sorprendente noticia del exterior:

—¡Alto! Detengan maniobra. Algo funcional. Nuestras computadoras indican anomalías a bordo.

Cambiamos una mirada Janos y yo. No sabía qué clase de computadoras tenían en la colonia, pero si habían podido captar lo que ocurría entre nosotros dos, debían de ser casi adivinas.

—¿Anormal? —el teniente me hizo un gesto autoritario, para que yo no hablase. Indagó por sí mismo, abrupto—: ¿Qué clase de anomalía mencionan ustedes?

—La computadora la transmitirá a su propio cerebro electrónico —se nos dijo por micrófono—. Tenemos idea concreta de ese vuelo, datos precisos. Ustedes..., ustedes son dos astronautas a bordo, ¿no es cierto?

—Sí —afirmó Vaszar, preocupado—. ¿Y qué?

—Miren a la pantalla de su computadora, por favor. Ese es el mensaje de nuestra propia computadora...

Miramos los dos.

La pantalla se había iluminado en rojo. Color de emergencia. Con una simple frase, reveladora e increíble:

«Hay tres tripulantes a bordo. ¿Quién es el polizón?»

—¡Tres tripulantes! —protesté vivamente—. ¡Imposible!

—No puede haber error —me respondieron—. Los hombres nos equivocamos. Las máquinas no, comandante.

—Un polizón... —jadeó, estupefacto, Janos Vaszar—. No tiene sentido...

Pero estaba mirando en torno, lo mismo que yo, preguntándose sin duda dónde estaba el error de la máquina, en esta ocasión, dijeran lo que dijese afuera.

—Hemos salidos DOS personas de Base 87 —avisó con acritud—. El teniente Janos Vaszar y yo, comandante de vuelo Elmer Rocker. Nadie subió a bordo desde entonces. No nos hemos posado en base alguna. ¿Cómo pueden sugerir algo tan absurdo?

—En tanto no aclaren la cuestión, saben que las leyes espaciales nos impiden admitirles en la colonia —insistió la voz de Saturno, por los amplificadores de a bordo—. Solamente personas de identificación positiva pueden entrar en las colonias planetarias, tras su identidad comprobada. Usted y el teniente Vaszar tienen acceso libre a la colonia. No así el tercer tripulante de su nave.

—¡Es que... no hay tercer tripulante! —aullé, furioso.

—Lo lamentamos, comandante. Se equivoca usted. Hay un tercer tripulante a bordo. Conozca usted su presencia ahí o no..., lo hay.

Janos y yo volvimos a mirarnos, aturridos. Casi había olvidado su arma, que seguía enfilada sobre mí. El nuevo e insólito problema había pasado a segundo plano esa tensa situación entre nosotros dos.

—¿Lo hay? —repitió Janos, mirándome con ojos desorbitados.

—No lo creo posible, pero... —sacudí la cabeza—. Existen otros compartimientos en la nave, teniente. Compartimientos de circuitos electrónicos, de almacenamiento de provisiones, de oxígeno, de destrucción de detritus, de acumuladores de energía, de motores... Sólo que nunca pensé que pudiera haber nadie en ellos.

—Pues parece que ellos piensan de otro modo...

No dije nada. Estaba mirando hacia el fondo. A espaldas de Janos. Sonreí. Asentí, muy despacio, dominando mi sorpresa.

—Pues no lo dude, Janos. Lo hay. Está ahora a sus espaldas.

—¿Qué? —aulló mi oficial, desconcertado.

Y se volvió, sin dejar de empuñar su arma.

En ese momento, me precipité yo contra él, con toda mi fuerza, con mi más poderoso impulso.

Janos disparó.

Su proyectil electrotérmico desgarró el fuselaje, sobre nuestras cabezas, produciendo en el blanco casi luminiscente de la caparazón

metálico-plástica del vehículo espacial, en su cabina de mando y control, un auténtico jirón del que goteó material incandescente, que formó burbujas fugaces en el suelo, pronto solidificadas.

A pesar de su disparo, Janos perdió el arma, de resultas de un seco y certero impacto de mi mano zurda contra su muñeca, y quedó desarmado en el acto. Al mismo tiempo, yo le trabé mis piernas con las mías, y le disparé dos mazazos seguidos, con mi diestra, contra su sien y mentón, por encima del límpido atavío espacial, desprovisto de escafandra.

Janos Vaszar cayó, con un gemido, soltando su arma y con expresión estúpida en su rostro. Cuando lo tuve en el suelo de la cabina, a mis pies, debatiéndose aturdido, estiró la mano y encañoné fijamente a mi adversario con su propia arma, recuperada del pavimento lustroso de la cabina.

—No se mueva, teniente —avisé, sibilante—. No lo haga... o disparo sin vacilar.

El supo que yo hablaba en serio, y que estaba dispuesto a hacer lo que decía. No se movió.

Y tampoco lo hizo la tercera persona. El mudo testigo de nuestro brusco choque. El personaje recién aparecido a espaldas de Janos Vaszar, y que había presenciado en silencio, con ojos dilatados, la rápida acción con la que cambié fundamentalmente la situación a bordo de la nave espacial.

Vaszar carraspeó, tendido en el suelo, la vista fija en mí. También miró a la persona que surgiera por el panel de la cámara de almacenamiento de provisiones y que ahora nos estaba contemplando a ambos con expresión de auténtico terror.

—Bien —dije, despacio—. Parece que las cosas vuelven a sus cauces, ¿no?

Janos no dijo nada. El tercer personaje, tampoco.

Mi oficial se empezaba a incorporar, tosiendo entre dientes tras su derrota. Miró el arma que fuera suya, la que yo empuñaba. Y el desgarró en el techo. Gimió algo entre dientes:

—Lo siento —murmuró—. No... no hubiera sido capaz... de disparar sobre usted, señor.

—Lo dudo —dije, tajante.

Giré un botón de los controles. Una voz estridente volvió a sonar, procedente de las metálicas rejillas de los amplificadores:

—¡Comandante Rocket! ¡Comandante! ¿Qué ocurre a bordo? ¡Hable!

—Nada especial, señores —informé fríamente, sin dejar de mirar a mis compañeros en la nave—. Un accidente y un fallo en las comunicaciones... Eso fue todo. Pero ustedes tenían razón en algo. Somos tres... Hay un polizón. Lo tenemos bajo control ya. Pueden franquear la salida de la nave. No existe peligro.

—¿Qué clase de polizón es? —se interesaron afuera.

Miré al tercer personaje. Sonreí. Y di mi informe, frío y conciso:

—No sé su nombre. Ni por qué está a bordo. Tampoco sé cómo ni cuándo entró. Pero algo sé de antemano: es una mujer...

—¡Una mujer!

—Eso dije. Una mujer...

—Está bien. Salgan por orden riguroso. Primero, ella. Luego, ustedes dos. Procuraremos tenerla bajo control apenas pise la colonia, comandante.

—No tienen que preocuparse de eso. La tengo yo, bajo control, y eso basta.

—No lo dudamos, comandante, pero usted sabe las normas de rigidez por las que se gobiernan estas bases, y una persona sin identificación positiva debe...

—Sé lo que debe hacerse con una persona sin identificación positiva —asentí, pensativo, mirando a nuestro polizón—. Debe ser internado. Y aislado de toda otra persona, en tanto se comprueba su identidad y su ficha clínica y psíquica.

—No, por Dios...

Me detuve. Oprimí de nuevo el botón de contacto con el exterior, aislando de sonido nuestra cabina. Miré a la mujer. También, vacilante, todavía aturdido tras el choque, la estudió, de rodillas en el suelo, el teniente Vaszar.

—¿Dijo algo, señorita? —indagué.

—Solamente me lamenté... —dijo ella.

—Se lamentó, ¿de qué? —insistí, seco.

—De lo que usted dijo, de lo que dijeron ellos... —señaló a la rejilla metálica del muro—. Internamiento, aislamiento, comprobación de identidad, de ficha clínica...

—Es la ley internacional, en todo lo que afecte a desplazamientos espaciales —le recordó—. ¿Lo ignora usted, acaso?

—No —negó, serena—. No lo ignoro.

—Ya... —Me froté el mentón con el dorso de mi mano zurda, sin dejar con mi derecha el arma de Janos—. Entonces, debe ignorar lo que significa ser polizón... en una nave regular espacial.

—Tampoco lo ignoro.

La chica era tranquila. Fría, serena. Quizá demasiado para su situación. La miré.

—Vaya —dije—. Usted sabe muchas cosas, ¿no?

—Las sé.

—Pero las quebranta.

—Sí —aceptó.

Hubo un silencio. Aquella mujer me producía desasosiego. Janos tampoco parecía demasiado tranquilo ante ella, o quizá era consecuencia de su propia situación.

—Vaya —moví la cabeza—. De modo que las quebranta... intencionadamente.

—A veces, no hay más remedio que quebrantar todo lo establecido —señaló ella—. Eso... o morir.

—Morir —resoplé—. Es una fea palabra para una mujer joven, ¿no?

Porque era joven, ya lo creo que lo era. No más de veintidós o veintitrés años. Rubia, ojos claros, esbelta, arrogante. Su traje espacial

—de nuestra reserva de trajes herméticos, desde luego—, no hacía sino disimular sus atractivos físicos. Pero nada lograba con su bonito rostro ovalado, bajo los dorados cabellos cortos. No llevaba escafandra espacial. Eso me hizo pensar que los secretos del interior de una nave moderna, bien equilibrada y con ambiente, presión y demás circunstancias físicas debidamente imitadas artificialmente, no le eran nada desconocidos.

—Morir es una fea palabra para todo el mundo, joven o vieja —me rectificó ella, secamente—. Pero sobre todo, cuando es algo más que una palabra, señor...

Estaba de acuerdo con ella, pero no debía decírselo así. Incliné la mirada, pensativo. No hice comentario alguno. Fue Janos quien lo hizo, olvidándose un poco de sí mismo y de sus gravísimos problemas:

—¿Cómo lo hizo?

—¿Cómo hice, qué? —demandó ella.

—Entrar ahí, por supuesto —señaló el almacén de provisiones de a bordo—. No es nada fácil convertirse hoy día en polizón. Vamos, creo yo...

—No, no es fácil —sonrió la dama'—. Pero yo conozco estas cosas. Y no soy tonta.

—Obviamente, no es tonta —la censuré, acremente, en vez de elogiarla—. Pudo sobrevivir ahí dentro todo este tiempo. Consumió el mínimo de oxígeno respirable, hasta el punto de no permitirnos apreciar la presencia de otro viajero en la travesía espacial. No hizo ruidos, no causó problemas, no dio señales de vida, estuvo perfectamente oculta mientras nosotros buscábamos provisiones ahí dentro... y sólo los detectores de la Colonia Z-06 revelaron su presencia a bordo. Notable, ¿no? La felicito por su inteligencia, por su astucia y por cuantas cosas quiera, jovencita, pero..., ¿por qué hizo esto? ¿Qué le movió a venir hasta Saturno en una nave sólo útil para dos viajeros? Si hubiese ocurrido una emergencia, un problema de supervivencia..., ¿qué hubiera sucedido con usted?

—Que, sin duda, hubiera muerto —dijo, tranquila—. Era el riesgo a correr, comandante. Y lo aceptaba de buen grado.

—Usted dijo antes que morir es una fea palabra. Y una peor acción. ¿Por qué morir? ¿A cambio de qué? ¿Hay algo que valga la pena de eso?

—Sí, lo hay —afirmó ella.

—¿Qué?

—Permanecer encerrada toda una vida, por ejemplo. Hasta morir en ese mismo encierro.

Iba a responderle algo. Pero en ese momento, observé que parpadeaba incesante la luz roja del muro, como señal de apremiante urgencia del exterior, reclamando comunicación. Tuve que oprimir el botón y justificarme, con voz cansada:

—Disculpen de nuevo. Hay problemas en los contactos con el exterior. Comprobaré luego eso, señores... Vamos a salir si nos dan autorización para ello. El teniente Janos Vaszar, yo... y nuestro polizón. Que, por cierto, se llama...

La miré fijamente. Era más que una mirada. Era un interrogante mudo, una pregunta sin palabras. Y ella la entendió. Y la aceptó. Me sentí aliviado cuando con su propia voz, alta y sin temblores, respondió, uniendo sus palabras a las mías:

—Erika Rihnz. Veintitrés años. Evadida del Centro Psico-Reactivo del Satélite Médico número once...

Y, tranquilamente, se movió hacia nosotros, y, a la vez, hacia la salida de la nave recién posada en la superficie de Saturno.

CAPITULO III

—Estoy asombrado, comandante Rocket.

—Y yo, doctor —confesé.

—¿De veras no advirtieron nada anormal en el largo viaje?

—Supongo que creerá usted mi palabra, doctor...

—Por supuesto, por supuesto —me calmó, con rápido ademán—. ¿Cómo no creerle a usted, comandante? Por encima de computadoras y fríos datos matemáticos, existe algo que, para mí, es aún insustituible en las relaciones de los seres humanos: la mutua confianza, la fe en las personas honestas, la sinceridad y la convicción en unos principios inamovibles de disciplina, respeto y propia condición.

—Esas palabras me halagan, pero...

—No, no le halaguen. Deje que me explique, comandante: usted ostenta un alto cargo en los programas de vuelos espaciales. Eso denota varias cosas obvias: preparación, cultura, inteligencia, honradez, buena fe, una serie de estudios y de datos personales comprobados exhaustivamente... Usted, aparte de eso, creo que realizó estudios superiores en diversas materias. Y, además, ostenta una veteranía de muchos vuelos cósmicos. En suma, comandante Rocket: es un hombre fuera de toda duda. Eso para mí es vital.

Estudié al doctor Sahk. Waldo Sahk, doctor en medí ciña espacial, en psicoestudios de grado superior, especialista en el análisis de las condiciones de vida extraterrestres, y doctorado, asimismo, en psicología astronáutica.

El doctor Sahk era alto, muy alto. Pero no era atlético, sino enjuto, sobrio, elegante, de facciones enjutas de oscuros ojos inteligentes, de expresión entre benigna y astuta, de fácil sonrisa y también fácil expresión grave en sus pupilas color café. También él había alcanza do el mando en una colonia espacial por méritos propios Y eso estaba fuera de toda duda. Su labor en diversas bases planetarias, hasta entonces, había sido tan brillante, que fue causa de aquel nombramiento para Saturno.

Conocía al doctor Waldo Sahk de referencias, por reportajes, fotografías, video-tapes con sus conferencias, cátedras, y cosas así. No me sentí defraudado. Era un hombre todo inteligencia, agudeza y buen juicio. Era también muy penetrante. Conocía al hombre y era un experto en Psicología. Eso para mí en estos momento; podía ser un problema. Porque yo, pese a todos sus fríos; elogios profesionales... le había mentido. Respecto a un; persona y una situación. Con todas sus consecuencias Que podían ser muchas. Y muy graves.

—Agradezco esas palabras —dijo, escueto—. Me gusta ría, realmente, estar fuera de toda duda razonable. Pero eso ningún ser humano podemos estarlo.

—¿Por qué no? —sonrió el doctor—. Actualmente, las máquinas nos lo dan todo hecho. Un psicólogo a la antigua usanza, como yo, pongamos por ejemplo, no creo que puede ir más lejos que un buen computador, debidamente programado.

—Una máquina, siempre sigue siendo una máquina, por perfecta que sea —señalé—. Puede cometer errores.

—Se equivoca —me objetó él—. Lo ha comprobado con... con su «polizón». No había error en nuestras computadoras.

—Es diferente. Ellas analizan fríamente; peso, aire consumido, vidas a bordo... Señalan unos datos helados, matemáticos, precisos. Yo hablaba de psicología. De conocer la mente humana. Yo podría mentirle ahora en algo. O usted a mí, doctor. ¿Habría máquina alguna, capaz de descubrir tal hecho?

—Posiblemente no. —Se tocó la frente, con un dedo largo y huesudo—. La mente humana es la mayor, más perfecta, compleja y, a la vez, diminuta computadora electrónica jamás creada. En eso acepto que Dios nos ganó la partida a todos. Y para un científico, comandante, aceptar que la obra natural es superior a la artificial, ya significa algo, ¿no?

—Significa... admitir la realidad, ¿no? —reí entre dientes.

—Para usted, tal vez sí. Yo llegué a ser ateo, a no creer en nada. De repente, me di cuenta de que todo lo que me rodeaba, incluso yo mismo, era superior a mi ciencia. Y que no todo tenía explicación, ni mucho menos.

—Entonces, ¿se hizo creyente? —reí.

—No. Entonces dejé de discutir a los creyentes. Y a Dios. Acepté que siempre hay «algo» superior a nosotros, sea lo que sea, comandante.

—Dejando aparte las creencias religiosas. Hablamos' sólo de nosotros. Y de las máquinas. Ellas acertaron.: Había un polizón. Y me descubro ante esa prueba de perfección científica, pero es todo. Para mí, la máquina puede equivocarse. El psicólogo, no.

—De modo que, según eso, mi criterio sobre usted es el justo, comandante.

—Soy todo lo que usted ha dicho. Sólo que, como humano, podría tener también mis propias zonas ocultas.

—¿Las tiene?

—Dije que podría tenerlas —reí—. He sido un hombre intachable hasta ahora. Hoy mismo, en esta misión, podría cometer un fallo. O un error voluntario. Una des—! honestidad, en suma. ¿La descubrirían sus computadoras, doctor?

—Posiblemente, no.

—¿Lo ve? Yo habría fallado en lo programado, en lo minuciosamente previsto. Y nadie lo sabría. Pero usted, posiblemente, basándose en su propia experiencia psicológica..., descubriría ese fallo mío antes que cualquier computadora, doctor Sahk.

El médico se quedó vacilante. Se tocó su afilado mentón, cuidadosamente rasurado. Me estudió con inteligentes ojos brillantes. Asintió luego, muy despacio.

—Sí —convino—. Creo que tiene cierta razón. Lo descubriría, más pronto o más tarde. Pero supongo que no es ése su caso.

—Hablabas en teoría, naturalmente —dije, riendo de buen grado—. Doctor Sahk, ¿cómo están las leyes en la Colonia?

—¿Se refiere a la chica?

—Sí —asentí, frunciendo el ceño—. Me refiero a ella, claro está.

Mi anfitrión no dijo nada, de momento. Se puso en pie. Paseó por la sala, pensativo. Me miró de reojo. Y también miró a Janos, presente en la cena, junto al hombre responsable de la base terrestre en

Saturno.

—Tengo que aislarla —dijo—. Y enviar informes a la Tierra.

—Lo suponía —admití, con aire pesaroso.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —se excusó el doctor Sahk—. Usted sabe que nos debemos a una serie de legislaciones iguales para cualquier mundo. En otro caso, esa chica podría estar aquí en la impunidad. Pero es una evadida. Escapó de un satélite médico, y llegó a Saturno. Usted sabe también lo que es un centro psico-reactivo. Y la clase de personas que van allá...

—Lo sé, pero esa chica...

—Esa chica puede engañarnos a todos, hombres o máquinas. Si es una anormal, lo hará con toda facilidad, porque poseen ese don. Si no lo es, descubriremos su estado mental, pero hay pocas dudas sobre eso. Nadie va a un centro psico-reactivo sin motivos. concretos y muy graves para ello, comandante.

—Es lo que me temía.

—No puedo hacer nada por ella. Usted tampoco. Déme su informe oficial. No necesita que sea el auténtico) Pero déme un informe. Yo extenderé otro y...

—Espere, doctor. No le mentiré. Esa chica estuvo a bordo todo el tiempo, es evidente. Sin embargo, el teniente Vaszar y yo lo ignorábamos. Salió al verse des cubierta. De modo que mi informe será totalmente sin cero.

—Tanto mejor —sonrió el doctor, pensativo!—. No quería crearles problemas a ustedes. Ni a la chica, por supuesto. Soy médico, no policía ni militar, aunque estas misiones planetarias le conviertan a uno en una mezcla rara de todo ello. Rara... y bastante ingrata, por cierto.

—No hay problemas. Obre como marque la ley. Ella dijo ser Erika Rihnz. ¿Lo ha comprobado por medio de las fichas clínicas terrestres?

—Encargué de eso a mi ayudante, el doctor Ingram. Espero que...

No dijo lo que esperaba. Entró en esos momentos un hombre fornido, rubio, de ojos verde-azules, facciones anchas, largas patillas,

barba rizada, algo rala, y mejillas enrojecidas. Entró, con un saludo seco, teutón, de su cabeza. Y mostró algo al doctor Sahk: un texto grabado por una computadora, en una placa plástica, color blanco brillante, con franjas verde claras, como cultivos de antibióticos.

—Disculpe —dijo Sahk, leyendo aquel mensaje— Luego, enarcó las cejas y tendió la cartulina plástica hacia mí—. ¿Quiere leerlo? Está cifrado, claro. Pero puede utilizar ese «lector magnético», a su espalda...

Me volví con la cartulina. La apliqué a la ranura de un computador empotrado en el muro de nuestro comedor. Hubo un rápido zumbido dentro, y luego un repetido tamborileo, a medida que una cinta salía, escrita en perfecto lenguaje legible, por otra ranura inmediata. Tomé el texto traducido. Entendí lo que mi anfitrión quería decir:

«Erika Rihnz. Veintitrés años. Natural del norte de Europa. Anormalidad mental. Recluida en el centro mundial de psiquiatría desde los 21 a los 22 años. Posteriormente, enviada al centro psico-reactivo del satélite médico número 11, bajo dirección del doctor Ludwig Schaff. Estado inicial positivo, con índice de curación posible del 88, 32%. Posteriores descensos hasta un índice negativo de 3, 19%. Evadida sin noticias de su actual paradero. Muy peligrosa. Se requiere su captura en cualquier punto donde se halle. Padecimiento actual: síndrome de Wiener, con indicios del mal de Orlic. Extrema urgencia localizarla.»

Aturdido, miré al doctor Sahk. El afirmó, despacio, entendiendo mis sentimientos en ese momento.

—Sí, comandante —dijo, pausado—. Ha leído bien. Síndrome de Wiener... con indicios del mal de Orlic. ¿Lo entiende?

—Creo entenderlo —susurré—. Una dolencia mortal y un peligro latente.

—Eso es. No tiene remedio ese mal. Pero lo peor de él es que se contagia en el acto. Y que, además, va acompañado de un afán homicida en grado máximo. Ella no es sólo una enferma, una psicópata sin remedio, sin una asesina que matará en cuanto se sienta libre par hacerlo.

Nos miramos ambos, en la cámara aislada y confortable. Yo estudié, ceñudo, el objetivo de televisión que asomaba en lo alto, junto a la confluencia de muro y techo, no lejos del ventanal asomado al paisaje nada atractivo de Saturno en su noche de breves horas, puesto que el día completo terrestre, de veinticuatro horas era allí sólo de diez...

—Diablo, no me gusta ser espiado —dije con acritud mirando al objetivo de televisión, ya a medio desvestir junto al confortable lecho que iba a compartir en la cámara donde el doctor Sahk nos instalara a Janos y a mí.

—Eso sucede en todas las bases terrestres —sonríe tristemente mi compañero, sentándose al borde del lecho—. ¿Qué puede hacer para evitarlo?

—No sé. Esto, por ejemplo —dije, con ira.

Y tomé impulso, tirando mi camisa. Cayó justo sobre la lente de la cámara situada en el ángulo del techo. Allí quedó colgando, cubriendo el objetivo. Reí de buena gana, tirándome encima del lecho.

—Buena puntería, señor —dijo Janos.

—Al menos, no verán nuestras imágenes —dije-. Pero sí nos oirán, claro.

Nos quedamos en silencio. Por algún altavoz disímil lado nos llegó una monocorde voz, informando:

—Disculpen. Todas las zonas y secciones de la Colonia se controlan por televisión y radio. En su caso, anulamos transmisión hasta que ustedes deseen. Pueden cerrar conexión con el botón que hay junto a su lecho, el de color verde.

Hallé ese botón. Lo oprimí. No supe si era cierto que estábamos realmente aislados, pero actué como si no fuese así. Encendí un cigarrillo. E hice un gesto a Janos, apoyando un dedo en mis labios.

—Será mejor dormir, teniente —dije—. Las fatigas del viaje

fueron largas.

—Sí, comandante —me miró, significativo. Temí lo que iba a decir, pero no lo dijo mal del todo—: Gracias, señor. Gracias de parte de mi amigo...

—¿Amigo? —sonreí, entendiendo—. Oh, sí... No me las dé aún. Espere a que volvamos a la Tierra.

—¿Volveremos? —dudó él, sarcástico.

Yo hubiera podido responderle a eso algunas cosas. No, entre otras. Yo nunca volvería. Mi mal lo impediría. Era una enfermedad para la que aún no había remedio. Alguien dijo una vez, siglos atrás, que cuando se curase el cáncer, surgiría algo peor. Yo lo tenía. Bien. No había que dramatizar, después de todo. No era el único. Uno debe aceptar las cosas tal como vienen, sean buenas o malas. Además, ¿qué otro camino existe?

—No sé —me encogí de hombros—. En los viajes a otros mundos, siempre se sabe cuándo sale uno. Pero nunca cuándo llega. O si llega alguna vez... Eso, a pesar de todas las seguridades actuales, a pesar de todas las garantías...

—De cualquier modo, gracias —musitó—. Mi amigo le está muy agradecido por todo.

—Olvidelo. Dudé. Pero pensé que tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—No sé —me encogí de hombros—. Sencillamente, lo pensé. Eso fue todo. Pude equivocarme, claro está. Pera eso se verá más adelante. En realidad, no tuve tiempo] de reflexionar lo suficiente. Me sorprendieron los acontecimientos. Necesitaba tiempo para pensar...

—¿Y ha pensado ya?

—Quizá. Un poco, cuando menos. No del todo, teniente.

—Puede ser perjudicial para usted. Lo sabe todo. Sabe lo que debe hacer en ese caso.

—Oh, claro. Lo sé muy bien. Con la ley en la mano, no hay dudas: delito, amenazas, un arma... Todo en contra, teniente Vaszar.

—Y aun así...

—Y aun así, espero aún. No me pregunte por qué. Espero, eso es todo.

—Cuando menos, esperaré... una explicación. El motivo de todo, quizá.

—Es una de las partes del problema —volví a recordarle la situación, poniendo el dedo en mis labios y señalando a mi camisa, colgada del objetivo de televisión interior—. Pero eso exige, tal vez, una minuciosa meditación por parte de... de su amigo, teniente.

—Yo conozco el asunto como el que más —me dijo, impulsivo—. Fue un acto necesario.

—¿Necesario? ¿Es necesario matar? —dudé.

—A veces, sí. Mi... mi amigo lo juzgó así. Y mató.

—Mató a un ser querido, recuérdelo, teniente.

—Era querido por él. Pero ella no le quería. Es más, le traicionaba.

—Eso es grave. ¿Está seguro de ello?

—Seguro. Yo tengo pruebas de... En fin, mi amigo las tiene contundentes.

—Ya. Problema pasional. Celos y todo eso... Creí que el mundo había cambiado en los últimos cincuenta años. Y veo que todo sigue igual.

—Está equivocando las cosas. ¿Quién habló de crimen pasional?

—Usted. Su... su amigo mató a la esposa por esa razón, ¿no es cierto? Hubo engaño, traición...

—Fue de otro cariz, comandante. Nada de pasiones, celos, engaños conyugales ni cosa parecida. Como usted dice, los años han pasado. Y no en vano. No. Ella no engañó en ese terreno, sino en otro diferente. Menos disculpable.

—¿Cuál, Janos? —me interesé, inclinándome hacia él, sin moverme de mi lecho.

—El de otros factores infinitamente más sutiles y cerebrales. El del dinero, la perfidia, la doblez o cualquier otra pasión humana

mucho más fría que la de una simple pasión amorosa. No, la... la esposa de ese amigo mío, no le engañó nunca con otro hombre. No era esa clase de engaño, sino de un tipo muy diferente.

—¿Cuál? —insistí.

—El de vender a un enemigo a su propio esposo. Y a todo lo que su labor significaba...

Esa noche tuve pesadillas.

En ellas se mezclaron extrañamente tres aspectos diversos de mi viaje espacial a Saturno. Los tres me preocupaban, aunque no por igual, naturalmente. Pero en el mundo de mis sueños, todo parecía realmente idéntico en significado trágico, en el horror mismo de su inmediato futuro...

Por un lado, estaba aquella rubia muchacha, la hermosa y joven polizón de nuestra nave espacial, Erika Rihnz. Su porvenir, dentro de otro centro psiquiátrico espacial, no parecía demasiado halagüeño. La imaginé, en mi pesadilla, dentro de una blanca, larga y deforme celda aséptica, vestida también de blanco, rodeada de blancos fantasmas, gritando sin voz, sin ser oída, sin producir ruido alguno...

Luego, era Janos quien aparecía. Janos, con su crimen auestas. Janos, manchado de sangre, en un blanco fondo lineal, como un mundo sin formas ni colores. Cargando con algo que no era sino un fardo pesado, denso, informe... Un fardo extrañamente parecido al cadáver de un ser humano... Un cuerpo que, de repente, dejaba barrer el suelo con su melena larga, color rojiza... La melena de una mujer. De una mujer muerta...

Y yo, borrosamente, recordaba entonces lo que Janos Vaszar me había dicho poco antes de dormir, en un simple trozo de papel, escribiéndolo y devorando luego aquel fragmento, para que nadie, salvo yo mismo, conociera aquella terrible verdad, aquel delito por el que él me amenazó previamente, y que ahora yo, sin que él entendiera mis razonamientos ni motivos ocultaba ante la gente de la Colonia Z-06 de Saturno...

Yo volvía a leer, como si estuviesen escritos en sangre, los trazos de Janos, ahora trazados en un rojo diabólico, fantasmagórico, que flotaba en el blanco de aquel papel, ante mis ojos alucinados:

«Maté a mi esposa, a mi bella esposa Karin, la de rojos cabellos... La amaba, señor. La amaba con toda mi alma. Pero me engañó. Me traicionó... No con otro hombre, sino con el enemigo. Con la célula

extremista neo-fasz... De haber logrado sus propósitos, los neo-fasz hubiesen destruido todo el proyecto solar en pleno, sólo para destruir en nombre de su ideología del absurdo, de su fanática idea de aniquilar cuanto de positivo haga el hombre, hacia la conquista del espacio. Ella misma era una neo-fasz activa. Pero jamás podré probarlo a nadie...»

Leí eso. Lo releí. Luego, él lo devoró con el papel. Pero soñé con ello. Soñé también con los neo-fasz, aquel movimiento que quizá había existido siempre: el de los resentidos, el de los fanáticos, el de los destructores que sólo destruyen por afán de no crear, y de hundir lo creado. De los que siempre fueron extremistas por serlo, y perdieron todas sus batallas por eso mismo.

Me pregunté si sería cierto el pretexto de Janos, la identidad activa de Karin, su mujer, como miembro de ese movimiento neo-fasz, lamentable y demoledor. Me pregunté también si en todo eso tenía cabida yo. Si en ese delirante carrusel febril que imaginó mi mente, significaba algo un hombre, un simple astronauta llamado Elmer Rocket, víctima de un mal sin remedio posible, agotando ya sus semanas de vida, acaso sin poder volver ya jamás a su planeta natal, allí de donde surgiera, en su último periplo espacial.

Soñé con todo ello. Y me vi muerto. Y me vi flotando en tinieblas eternas.

Y desperté bañado en sudor. Desperté, aterrorizado, convulso, con el frío de mi transpiración bañando mi piel.

Desperté, en manos de una mujer hermosa, morena y sensual, que rozaba, acariciadora, mi piel desnuda, sudorosa, con sus dedos bronceados, suaves, excitantes...

Unos grandes ojos oscuros, como simas profunda, se fijaban en mí, a poca distancia. Capté sus blancas ropas asépticas, miré en torno y lo vi todo blanco, deslumbrante y tan aséptico como su indumentaria misma. No vi ni rastro de Janos, ni de los lechos, ni del dormitorio donde estaba acostado aquella noche.

—Cielos —jadeé—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué es esto?

—No se preocupe —musitó ella, pasando dulcemente sus manos por mi torso, por mis hombros, por mi cuello tenso, relajando mis músculos, nervios y tendones—. No se preocupe por nada,

comandante... Nada sucede. Y nada va a suceder... Cállese... Está bien... Está tranquilo, está a salvo...

—¿A salvo? —enarqué las cejas, asombrado, clavando mis ojos aturridos en ella—. ¿A salvo de qué? ¿Quién es usted?

—Demasiadas preguntas, ¿no le parece? —rió ella entre dientes—. De todos modos, le diré que soy Sonia, su enfermera. Y que está aquí a salvo de todo y de todos. No sufra. No se asuste. No tiemble.

—¿Temblar? ¿Asustarme? —me sorprendí yo mismo—. Pero, ¿de qué habla? ¿Por qué había de asustarme yo de nada? ¿Por qué había de temblar?

—No lo sé —sonrió ella, mirándome con ojos que, sin embargo, no sonreían en absoluto—. De momento, pensamos lo peor. La señal de alerta funcionó. Por eso está aquí.

—¿Señal de alerta? —vacilé, aturdido—. Pero, ¿de qué diablos está usted hablando, Sonia o como quiera que se llame?

—De su señal de alerta —me confirmó fríamente, estudiándome con aire de reproche—. Nos dio un buen susto, ¿entiende? Creímos... creímos que usted era otra víctima del mal.

—¿El mal? —me estremecí—. ¿Qué mal?

—El que todos tememos, naturalmente. El que todos estamos combatiendo con todas nuestras fuerzas. El del pánico, naturalmente...

CAPITULO IV

—El pánico... —repetí agriamente—. ¿Qué significa eso, doctor Sahk?

El médico no me respondió en seguida. Seguimos paseando por aquella plataforma elevada, dentro del recinto hermético, envuelto en materia plástica, impenetrable, que era la Colonia Z-06 de Saturno.

Dentro, todo era luminosidad, pulcritud, pureza aséptica. Afuera, todo oscuridad, brumas y misterio. El misterio mismo de la superficie saturnal, cuyos días y noches transcurrían entre densos nubarrones de gases atmosféricos, nocivos para el ser humano en su mayoría. La hostilidad del ambiente externo contrastaba con la esterilización interior, perfecta y minuciosa. La sombra, con la luz. El silencio hermético de un planeta poco hospitalario, con el zumbido de reactores atómicos y centros de energía, dentro de la colonia terrestre.

—La mayor y más terrible de las enfermedades conocidas, comandante —me respondió el médico, al fin, deteniéndose—. ¿Nunca tuvo usted miedo?

—Todos los hombres tuvimos miedo alguna vez en nuestra vida —sonreí, encogiéndome de hombros con aire despectivo—. Incluso los héroes han tenido miedo. Lo importante es que supieron dominarlo, llegado el momento.

—No hablo del miedo vulgar, comandante, sino de *una clase* de miedo.

—¿Una... *clase*? —repetí.

—Sí. El pánico.

—También he visto explosiones de pánico. Ocurre en masas, grupos o multitudes. Alguien da una voz, cunde el terror... Todos se sienten presa de algo irracional que les impulsa a huir de algo que ni siquiera saben a veces lo que es. Aparece el pánico. Y en muchos casos, provoca más víctimas que el propio mal del que se intenta huir.

—Eso explica bien lo que quería decirle. Tenemos detectores del pánico en todas partes, comandante.

—¿Detectores, dijo? —enarqué las cejas—. No sabía que el miedo o el terror se pudieran detectar.

—Aquí, sí —tragó saliva el doctor Sahk—. Las circunstancias nos obligaron a ello recientemente. El doctor Ingram, sobre estudios electrónicos de ciertas reacciones psíquicas provocadas por el miedo o la angustia, logró crear los detectores. No le sorprenda haber visto objetivos de televisión y micrófonos por doquier. Van unidos al llamado Cinturón Detector del Pánico.

—Sigo sin entender nada. ¿Qué clase de pánico buscan?

—El suyo, ciertamente, no —'rió entre dientes el médico—. Ya hemos comprobado que sufrió simplemente una pesadilla. Pero se agitó en sueños, gritó con miedo... y funcionó el sistema.

—Pero, ¿qué sistema? —me exasperé—. ¿Y por qué?

—Ya se lo dije. Por el pánico. Usted no sufre el mal de todos los demás. El que sufrimos aquí *todos nosotros*.

—¿Todos ustedes? —le miré, dubitativo—. ¿Incluso usted, doctor Sahk?

—Incluso yo —afirmó él, rotundo, sin avergonzarse por ello—. Ninguno nos hemos librado de ello, comandante. Es nuestro terrible secreto. Ni en la Tierra ni en parte alguna lo saben aún. Hemos demorado el informe. Estamos intentando luchar contra ello. Estamos creando armas, medios, antídotos, detectores. Tenemos que *evitar* sentir *miedo*, ¿se da cuenta?

—Sí, me doy cuenta —le miré, como si dudase de su perfecto equilibrio mental—. Pero, doctor, ¿por qué sienten miedo? ¿De qué están, realmente, asustados?

—Eso es lo curioso, comandante —sonrió él, enigmáticamente. Incluyó la cabeza—. De nada. Absolutamente de nada.

Acabé de transmitir mi informe a la Tierra.

Junto a mí, censurándolo en sus más nimios detalles, estaban los dos hombres y la mujer. El doctor Sahk y su ayudante, el doctor Ingram, por un lado; la enfermera Sonia, por el otro, sin dejar de leer los datos del analista-computador en mi sangre, células y organismo.

—Bien —resoplé, al terminar. Me enjuagué el sudor de un manotazo—. Ya saben ahora lo que he transmitido. Nada anormal. Nada que hable de... de su miedo. Pero cuando menos, espero que sus explicaciones sean lo bastante satisfactorias como para persuadirme de que hice lo mejor. Y de que no debo transmitir inmediatamente otro mensaje, diciéndoles lo que sucede aquí, en Saturno.

—No debería hacerlo —suspiró mi enfermera—. No serviría de nada. No ayudaría usted a nadie, comandante Rocket.

La miré de soslayo. Estaba buscando algo en mi organismo: indicios de miedo. Yo temía algo muy diferente a lo que ella esperaba: que diese con los síntomas de mi dolencia incurable, la que iba a llevarme en breve a la tumba. No quería hablar de eso. No aún, cuando menos. Por fortuna, mi mal irremediable no me causaba terror alguno. La muerte nunca me produjo miedo. Por ese lado, sus señales de alerta no funcionarían.

—La verdad es que me pasé la vida ayudando a los demás —dije, irritado—. Pero de eso a pensar que me sea posible ayudarles a ustedes, en su rara circunstancia actual...

—Todos pueden ayudarnos. Y ayudarse, a su vez... —sonrió con cierta frialdad el doctor Sahk.

—¿Incluso yo?

—Incluso usted, comandante —jadeó Ingram, muy cerca de mí—. Hubiera sido, mejor que no supiera usted nada, pero ya que lo sabe, hay que seguir adelante... Confiamos en usted. Y usted en nosotros. A todos nos conviene luchar unidos. Es por el bien común. Incluso por el suyo, aunque no lo crea. Usted... usted también peligra ahora, comandante Rocket.

—¿Yo? ¿Peligro en qué sentido?

—En ser víctima del mal —señaló Sonia, apoyando su mano en mi hombro, para detener un magnetograma de mi actividad glandular. Giró el disco del computador clínico, y me sonrió preocupadamente—. Puede ser contagiado.

—¿Contagiado de qué? —me interesé.

—Del miedo. Del pánico, mejor dicho —suspiró ella.

—No sabía que el pánico fuera contagioso, salvo en grandes hacinamientos, y bajo una acción ajena.

—Pues este miedo sí lo es. Dentro de poco, usted sentirá terror. Gritará, presa del pánico. Como todos nosotros...

—Pero pánico, ¿de qué, hacia qué o quién? —grité, exasperado, revolviéndome hacia los dos médicos.

—Se lo dije. Y es lo extraño. Hacia nada ni nadie, comandante.

Resoplé, sacudiendo la cabeza.

—Eso ya se lo oí antes, doctor Sahk. Pero no lo entendí. O creí entenderlo mal, cuando menos. Todo el mundo tiene siempre miedo a algo. A la oscuridad, a los ruidos, a los fantasmas, al silencio, a las armas, a la guerra, a las mujeres, a los hombres armados, a un peligro latente, real o no...

—Ese es un terror racional, comandante —admitió Ingram—. No nos causaría problema alguno, porque existe desde que el mundo es mundo, pero, ¿sabe lo que es... ver gritar, despavorido, a un hombre o una mujer, hasta enloquecer o morir... sin *nada* ni *nadie* ante él..., pero mientras él señalaba al vacío, creyendo ver venir monstruos espantosos hacia él?

—Solamente he visto hacer eso a personas droga das, doctor —señalé, ceñudo.

—Pues en la Colonia Z-06, están prohibidas toda clase de drogas, alucinógenas o no. Sin embargo, todos hemos visto *algo* aterrador que nos lleva a crisis demenciales.

—Insisto, doctor: ¿usted *también*! —señalé hacia él, rotundo, casi acusador.

El doctor Waldo Shak inclinó la cabeza, sombrío. Asintió, muy despacio.

—Sí —dijo—. Yo también, comandante.

—Y yo —corroboró despacio el doctor Ingram.

—Y yo —fue el murmullo de la enfermera Sonia.

Los miré, asombrado, sin dar crédito a mis oídos.

—¿De modo que los tres vieron algo y sintieron terror de ello? —mascullé.

—Sí —confirmó Sahk, ahogadamente.

—Muy bien —me crucé de brazos—. Cuando menos podrán decirme algo, cualquiera de ustedes. ¿Qué vieron?

Se miraron los tres, en silencio. Vi su encogimiento de hombros y no entendí. Por fin, en aquel silencio casi irritante, fue el doctor Ingram, su ayudante, quien se volvió solemnemente a mí. Y me espetó su respuesta:

—No, comandante. Ninguno de los tres podemos decirle eso... porque como todos los demás, *no recordamos nada* de cuanto pudimos ver en nuestros momentos de pánico.

En ese momento, Sonia lanzó un alarido largo, espeluznante. Y señaló detrás de mí, con brazo rígido, el dedo vibrante, tembloroso de pavor. Su rostro, repentinamente lívido, era una auténtica máscara de angustia, de miedo, de indescriptible pánico.

—¡Allí! —chilló—. ¡Allí...! ¡El... *el monstruo*!.

Me volví, sintiendo que se erizaban mis cabellos en la nuca.

'Inmediatamente después, comenzaron los alaridos delirantes de Sahk y de Ingram. Sus ojos se desorbitaron, sus expresiones eran la viva imagen del terror animal, puro e instintivo, completamente irracional.

Para entonces, yo había mirado hacia el punto donde Sonia veía «el monstruo».

No había nada. Ni nadie.

Nada.

Nadie.

Y ella seguía chillando, chillando incansable, desorbitada, estremecida:

—¡El monstruo! ¡El monstruo!... ¡Está allí!... ¡Viene hacia nosotros!

Y escapó, despavorida, derribando a su paso asientos, tableros de controles, cables y cuanto tropezaba en sus pies.

Me volví, enérgico, hacia Sahk y su ayudante. Traté de calmarles, de serenar sus ánimos, repentinamente exaltados:

—¡Escuchen los dos! ¡No hay nada aquí! ¡No existe monstruo alguno, no griten!

Pero era imposible. Ellos chillaban y chillaban, hasta el frenesí. Su terror era desquiciado, increíble. Dos hombres de ciencia, dos severos personajes, dos personas de total confianza para los altos mandos encargados de la colonización y estudio científico y biológico de los mundos exteriores, parecían ahora dos peleles, dos ridículos monigotes sin dignidad, presa de un histerismo grotesco e infantil, ante un peligro que ni siquiera existía.

Vi huir a los tres, escapar de la amplia nave destinada a controles y estudios científicos, dejándome a solas con sus computadoras y mecanismos, escapando como almas perseguidas por el diablo, entre gritos desgarradores.

Y todo, por nada. Por nadie. A menos que el peligro fuese invisible para mí, cosa todavía más absurda, teniendo en cuenta que todos éramos seres humanos y todos disponíamos de idénticos sentidos corporales para captar cualquier manifestación, real o irreal.

Perplejo, indeciso, avancé hacia el punto adonde miraran con pavor los tres. Manoteé en el aire. No sólo era invisible, sino intangible. Y eso era demasiado para admitir la posible existencia de un ser parecido, aun en el planeta Saturno.

A mi alrededor, todo estaba en calma. Pero opté por comprobarlo sin lugar a dudas, de un modo que tal vez ellos no pensaron antes.

Avancé hasta una de las computadoras. Giré su objetivo de televisión, poniéndolo en funcionamiento, y captando el ámbito donde creyeran ellos ver «algo». Programé el mecanismo adecuadamente, con una serie de rápidos datos y preguntas. Esperé respuesta, fija mi mirada en las dos pantallas fluorescentes.

No tardó en aparecer una respuesta duplicada, en ambas pantallas de televisión de la gran computadora:

«Negativo. Ninguna imagen, ningún cuerpo, ninguna materia o forma real existente.»

No dijo más. Si era espíritu, posiblemente la computadora no llegase tan lejos. Pero yo dudaba mucho de que los espíritus hicieran un especial acto de presencia en el planeta Saturno, por cerca que éste se hallase de posibles zonas celestiales.

La computadora y yo coincidíamos, al menos en principio. Pero no así ellos tres. ¿Era cierta la existencia de una epidemia de terror irracional en la Colonia Z-06? De ser así, ¿qué la había motivado?

Yo no podía responderme a esas preguntas. Ni a ninguna otra. Aquello, rotundamente, no tenía el menor sentido, dijera el doctor Sahk lo que dijera. A menos que la prolongada permanencia de los humanos en Saturno provocase fenómenos de tipo alucinógeno, cosa no demasiado improbable, después de todo, habida cuenta de la diferencia de ambiente. Pero eso era algo que, obviamente, ya habrían pensado gente como Sahk e Ingram, apenas aparecidos los primeros indicios de miedo a lo desconocido.

—Monstruos —repetí para mí, furioso. Sacudí la cabeza, con ira—. ¡Qué estupidez, Dios mío!

Me volví, malhumorado, para salir de aquella amplia cámara donde ahora me encontraba solo, abandonado por todos tras su ramalazo de insensato terror.

Mis cabellos se erizaron. La sangre se heló en mis venas.

Ahora *sí* vi al monstruo. Estaba frente a mí. Se lanzaba sobre mí para devorarme...

Su aterrador rugido sibilante lo ensordeció todo, en torno mío, y me hizo retroceder, horrorizado, impotente frente a su espantosa presencia.

Era un abominable ser, fofo y repulsivo, blando y como goteante, que se movía de forma repulsiva, emitiendo bramidos entre sus labios deformes, como pulpas colgantes, de las que se desprendían densos hilos de baba.

Unos ojos redondos, de sapo, vidriosos y húmedos, bailoteaban en unas órbitas enormes, entre pliegues color amarillo verdosos. Y unas manos membranosas, brillantes, viscosas, se extendieron hacia mí, mientras el extraño ser se agrandaba a medida que su lenta pero segura zancada le acercaba a mí, dejando en el suelo un reguero viscoso, como de babas de caracol, allí donde ponía sus patas de ganchudas zarpas, la horrenda vista fija en mí, como con avidez...

Supe que era un ser carnívoro, ávido de seres humanos. Que me engulliría, en unos instantes, despedazándome con sus atroces extremidades... Todo el horror de sentirme despedazado e inmerso en aquella enorme boca babeante, me hizo gritar y gritar, en el paroxismo del horror.

Luego, en torno al monstruo, bailotearon algo que eran como sombras, o llamaradas de negra luz dantesca, con fulgores espectrales detrás. Creo que caí de espaldas, que repté, intentando eludir lo inevitable.

Sentí un vaho caliente, pegajoso, fétido, cerca de mi rostro. Aquellas manos diabólicas se extendieron, y su vecindad me llevó hasta la piel una frialdad pegajosa y repugnante, y un hedor de aliento gélido y nauseabundo, capaz de hacerme vomitar.

Me cubrí los ojos, con una mano estremecida, sin atinar a defenderme, presa de un pánico que no era razonable. Aquella masa se abatió sobre mí.

Me estremecí, convulsionado. Estuve seguro de verme envuelto en aquellos brazos viscosos y horribles, para comenzar el monstruo su festín abominable.

Grité y grité. Sentí su roce, su contacto..., la presión, incluso, de su zarpa siniestra en mi mano, en mi brazo...

Luego, de repente, la rugiente voz nauseabunda se hizo más inteligible. Y fueron palabras humanas las que llegaron, entrecortadas, hasta mí:

—Comandante... ¡Comandante! ¿Qué le sucede, por el amor de Dios?

Despavorido, creí ver un rostro flotando ante mí. No supe si era real o imaginado, pero susurré, en una convulsión definitiva:

—Oh, Dios... ¡Dios! ¡Janos, sáqueme de aquí, haga huir a ese horrible monstruo!

No sé si lo hizo. Pero cuando perdí la noción de todo, lo último que vi fue el rostro de Janos Vaszar. Y capté su voz, aturdida:

—Señor..., señor..., ¿qué es lo que está diciendo? ¿A qué monstruo se refiere?

CAPITULO V

—¿A qué monstruo se refiere?

Janos Vaszar insistía en su pregunta. Le miré, pensativo. Aturdido aún. Sin saber siquiera dónde estaba, o qué había sucedido. Moví la cabeza, de un lado a otro. Respiré hondo, con dificultad. Tosí. Mi piel estaba húmeda y fría aún. Mi mente, envuelta en un auténtico caos.

—Usted..., usted tuvo que verlo —musité, con voz quebrada.

—¿Ver? ¿Qué o a quién? —insistió mi oficial.

—El... el monstruo... —Cerré los ojos—. Era enorme, repugnante... Sentí su proximidad, su fría piel, su repugnante aliento... ¡Existía, Janos, estaba allí!

—Cuando yo le encontré, comandante, estaba usted solo en la cámara de computadoras —dijo calmamente Janos.

—¿Seguro? —pestañeeé, mirándole.

—Seguro. Miré hacia todos lados. Sobre todo al que usted miraba tan asustado. No vi nada en absoluto. Ni nadie pudo entrar o salir de allí por ese punto, seguro. No había puertas ni accesos.

Me mantuve en silencio. Recordé a Sonia, la enfermera. Y al doctor Sahk, y a Ingram... No, a mí no pudo sucederme igual que a ellos. Ellos no vieron nada. La computadora no detectó nada. Yo, en cambio...

—Yo... ¿He visto realmente algo? —me pregunté en voz alta.

Janos me miraba con serenidad, tratando de entenderme. Le vi sacudir la cabeza de lado a lado.

—No —negó—. Creo que no, comandante. ¿Qué ocurre aquí? Se lo llevaron por orden del doctor Sahk, sólo porque gritó usted en sueños. Parecían alarmados por algo. Ahora voy en busca suya, le encuentro... y es en esa situación. ¿Qué le han hecho esa gente?

—Sospecho que nada, Janos. No me hicieron nada. Ellos están

tan asustados o más que yo. Incluso tienen miedo de que su dolencia se extienda y provoque nuevas víctimas. Por desgracia, sus temores parecen muy sensatos. De momento..., yo he sufrido el mal previsto.

—¿Usted? —se sorprendió Janos.

—Sí, amigo mío. He visto un monstruo horrible, que sólo puede existir en mis sueños o en mis delirios febriles. Luego, no había nada de ello. Y usted no encontró a nadie. Lo mismo me sucedió a mí antes respecto a ellos y sus terrores. ¿Se da cuenta, Janos? Hay en esta Colonia una epidemia rara. Una enfermedad insólita: el pánico.

—¿Pánico?

—Sí. Un terror irracional a algo. O a alguien. Un miedo que no obedece a nada realmente físico, sino a un hecho poco claro, que puede ser psíquico, instintivo o... lo que ello sea. Lo atribuí a una prolongada estancia en Saturno, pero yo sólo llevo aquí horas, y ya me ha sucedido también. De modo que la explicación ha de ser forzosamente otra, aunque usted no ha visto nada hasta ahora.

—No, nada salvo a usted allí, como si realmente fuese atacado por algo horrible.

—Dios quiera que siga así, Janos. Puede que el mal esté en el ambiente, en nosotros mismos, en un contagio personal. No lo sé. Deberé hablar más extensamente sobre ello con el doctor Sahk y su ayudante, el doctor Ingram. Ellos han ocultado este raro fenómeno hasta hoy, pero si persiste, es preciso que se sepa en la Tierra, aunque ellos no quieran. Imagine la hecatombe que podría significar una epidemia así, en una colonia terrestre, abandonada durante años en un planeta colonizado...

—¿Cree que ellos le revelarán la verdad completa?

—Tienen que hacerlo, Janos. Sea como fuere. No me gustan los secretos.

—Comandante, recuerde que... que aún guarda un secreto sobre mí...

—Le dije, teniente Vaszar, que conservaría confidencialmente su delito, en tanto no llegue una orden directa del planeta Tierra a Saturno, revelando los hechos. Lo que usted me relató más tarde, me ha confirmado en esa decisión. Si su esposa pertenecía a los neo-fasz, es posible que logre probarlo y eso le sirve de justificación al

homicidio. De cualquier modo, usted no va a escapar en la colonia de Saturno. Ni tiene sitio adonde ir, salvo de regreso a la Tierra. Estoy seguro de que irá allí, a responder de su delito.

—Con usted, comandante, como guardián.

—Sí, claro, conmigo «—evadí cualquier comentario al respecto—. También yo he de volver, a menos... a menos, que me quedase para siempre en Saturno.

—Por Dios, no diga eso —rechazó Janos Vaszar—. Esa dolencia o lo que sea, la que le hizo ver el supuesto monstruo, no puede ser sino una nueva especie de alucinación, y nada más. De eso no va a morir, comandante.

—Oh, no, claro que no —sonreí, risueño—. De eso no espero morir.

No añadí palabra alguna. Janos me tendió un recipiente con zumo de frutas, y lo tomé, en silencio, con expresión meditativa.

Yo ignoraba si realmente ver alucinaciones semejantes sería grave. No me importaba demasiado, a fin de cuentas. Aunque fuese muy grave, no podría serlo tanto como la que yo padecía ya y había marcado fecha fija a mi existencia. Y si no encerraba gravedad alguna, ¿qué podía importar, existiendo la otra, la que me había sentenciado definitivamente a muerte?

Apuré el vaso de zumo de frutas. Dejaba el recipiente sobre una repisa, cuando sonó una voz en los amplificadores extendidos por las salas de la Colonia Z-06:

—Comandante Rocket... Comandante Rocket, preséntese con urgencia en la cámara del doctor Sahk. Es urgente. Muy urgente. Y de vital importancia para la seguridad de la Colonia...

Me incorporé. Janos cruzó una mirada preocupada conmigo.

—¿Va a ir, comandante? —se interesó.

—Claro. El doctor Sahk tiene razón. Es de vital importancia para la seguridad de la Colonia, estoy seguro. Cuanto antes sepamos qué es ese terror estúpido que sentimos aquí, tanto mejor.

—Pero, ¿lo sabremos alguna vez? —dudó Janos.

—No sé —mordí mi labio, sintiéndome repentinamente pesimista
—. No lo sé... y eso me asusta todavía más.

* *

Nuestros cuerpos flotaron lánguidamente en la zona neutra. Luego, me sentí repentinamente pesado, cuando la recámara antigravedad quedó atrás, y pisamos el suelo blando y fangoso de Saturno.

Era como pisar un barro viscoso, hecho de cenizas y agua. Había también rara vegetación fibrosa, minerales de color azulado o amarillento, dispersos por doquier, y un cielo espeso, brumoso, como a enormes franjas grisáceas y púrpuras, por encima de nuestras cabezas.

Sonia Vogt, enfermera del doctor Sakh, me sonrió desde dentro de su escafandra esférica, plástica y trasparente como una pecera antigua, ajustada a rosca y presión sobre el traje espacial, hermético, color naranja.

Todas las mujeres, en Colonia Z-06, llevaban trajes espaciales color naranja. Los de los hombres, podían ser blancos, azules o verdes, según la condición y personalidad de su poseedor. El del doctor Shak, director de la base, era color escarlata puro, por excepción.

—El suelo es repugnante —me dijo Sonia, a través del sistema de intercomunicación de nuestros atavíos espaciales—. Y el aire, más aún. Gases venenosos y densos. No viven sino alimañas de este planeta. Hay pantanos malolientes, arbustos de líquenes y poca cosa más. Saturno es una pura, náusea, créame.

—La creo, Sonia —sonreí—. La primera impresión es ya un asco. Imagino el resto.

—Se esperaba que, cuando menos, fuese rico en algunos minerales —sentenció Sakh, andando delante nuestro.

—¿Y lo es?

—Bah... —agitó un brazo, despectivo. En su mano enguantada llevaba una luz para dar claridad a la senda. En la otra, un arma letal moderna. Y eso que no había apenas vida en Saturno. Le oí comentar

—: Hay minerales radiactivos, algunas piedras de una plata muy baja, otras de una especie de oro rojizo... Hemos tomado muestras para su estudio, pero su valor material y científico me temo que sea nulo.

—En suma —miré en torno a las sombras grisáceas y turbias de aquel ambiente obsesivo y feo—. Que Saturno no vale nada.

—O casi nada —sonrió Sonia—. Vea eso. Es pleno día. ¿Se imagina lo que será de noche?

Torcí el gesto. Si aquella penumbra entre gris y rojiza era el día, la noche debía de ser un mar de tinta. Sentí instintiva antipatía por Saturno. Con sus anillos rutilantes, lucía bonito en el cielo. Valía más verlo así: a distancia. Sólo le faltaba tener aquella especie de mal congénito del terror. Un delicioso mundo. Y yo, desdichado de mí, tendría que morir en él... o dejarme lanzar al espacio, convertido en un cadáver flotante en el Cosmos, hasta el fin de mis días. Quizá fuera mejor esto. Después de todo, nadie iba a reclamar mi cuerpo en la Tierra.

Nadie. Ni tan siquiera la señora Rocket... Jessie Rocket, allá en la Tierra...

—Me gustaría saber por qué hemos salido —dije—. No será un *picnic* saturnal, ¿no?

—Sería el último lugar de la Creación donde se me ocurriría semejante cosa —rechazó el doctor Sahk, irritado. Sacudió la cabeza—. No, no es un *picnic*. Nadie se sentaría en el suelo de Saturno, ni siquiera en sus escasas zonas duras y secas... por temor a los *zumbs*.

—¿A los... qué? —me intrigué.

—*Zumbs* —repitió ahora Sonia, con expresión medrosa y de repugnancia—. Los llamamos así por su sonido. Zumban extrañamente. Hacen justamente así, repetido: *zumb, zumb, zumb, zumb. zumb...*

—¿Qué son? ¿Insectos?

—No —negó Sahk—. Babosas.

Sentí frío en la piel. Lo que faltaba. Babosas. Seres repugnantes, viscosos. Criaturas parásitas de los pantanos. Babosas... Me daba asco pensar en ellas. Pero recordé que hablaba por simple referencia de mi planeta. Sólo conocía las terrestres. Sonia pareció adivinar el curso de

mis pensamientos.

—No tiene idea —dijo—. Son horribles.

—¿Grandes?

—Como lagartijas —dijo, asqueada—. Redondas, temblorosas... Zumban al moverse, al atacar. Pero no pueden penetrar en nuestros trajes ni dañarlos. Eso sí: se adhieren a la escafandra y dificultan la visión. Yo... yo juraría que incluso... *nos miran* desde la envoltura a la que se adhieren.

—¿Llevaron alguna a la base? —pregunté, sintiendo asco del temor y de todo lo demás.

—Después de todo, formaba parte de la extraña y escasa fauna de Saturno —afirmó el doctor Waldo Sahk}— Sí, recogimos unas cuantas. Están bajo control, aisladas en un recipiente del laboratorio zoológico de la Colonia. Totalmente aisladas. No podemos arriesgarnos a gérmenes de ninguna especie, procedentes de otros mundos. La contaminación podría ser demasiado fácil.

—Entiendo. ¿Esto es un paseo de placer, poco más o menos?

—No —negó fríamente el médico—. Esto es una expedición más. En busca de algo que usted ya sabe lo que es, amigo mío.

—¿El miedo?

—Eso es. Hemos hablado de gérmenes. Puedo asegurarle que no hay contagio alguno, o la alarma funcionaría en la base. Todo está aséptico, desinfectado, sin nada nocivo del exterior. Las medidas asépticas son rigurosas. Sin embargo, ocurren cosas como la que usted presenció y vivió antes. Tenemos miedo. Podría ser una psicosis ridícula. Ya lo pensé antes. Pero su caso no es nuevo, comandante. Personas con quienes no tuvimos apenas contacto, sintieron de pronto el mismo pánico. Por tanto, lo que ello sea, está en el aire que respiramos, en el ambiente. Quisiera saber exactamente *dónde*, Y cuál es su naturaleza...

—¿Espera hallarlo fuera de la colonia? —dudé.

—Dentro de nuestra colonia, el oxígeno respirable lo producimos nosotros. No entra nada del exterior. Los alimentos están totalmente aislados. Cuanto tocamos o manejamos, también. El nivel de cualquier contaminación, según las computadoras, es cero. Nuestro examen

clínico es siempre de resultados positivos. Nuestras pruebas psicotécnicas, perfectas. No hay claustrofobia, ni alucinaciones, ni demencias temporales, ni depresiones o exaltaciones inadecuadas. Nuestro equilibrio psicomental es correcto. El suyo, por supuesto, también lo es, como comprobó la enfermera Sonia Vogt al examinarle. De modo que, ¿dónde puede estar la causa de todo... sino en el exterior?

Miré en torno mío, no muy complacido. Las luces de situación de la Colonia Z-06 se perdían atrás, en la bruma. Su cúpula de materia plástica especial, así como sus instalaciones externas, ofrecían una solidez envidiable. En especial, a distancia. Me sentí, acaso por ello, un poco desamparado. Sonia sonrió junto a mí, sin quitar de mi rostro sus ojos oscuros y profundos, a través de la escafandra.

—No se alarme —dijo—. Llevamos luces, brújulas especiales de situación para el magnetismo saturnal... y armas. También tenemos asegurado el regreso, incluso por el aire.

Y señaló los tubos que llevaba consigo, en un envoltorio. Eran seis tubos cilíndricos, parecidos a un equipo de submarinista en nuestro mundo. Entendí... Eran reactores para aplicar a la espalda, que serían como una fuerza motriz, para proyectarle a uno a poca altura sobre el suelo, pero a muy considerable velocidad, al punto deseado, si el camino se ponía difícil por tierra firme. Suponiendo que el maldito suelo pegajoso y blando de Saturno fuese posible calificarlo de terreno firme.

—¿Tiene alguna teoría concreta, doctor? —me interesé.

—Ninguna —admitió él, ceñudo—. Pero debemos apurar todas las posibilidades. Tengo una leve sospecha de que, lo que ello fuese, lo introdujimos nosotros en nuestra base, sin advertirlo. Quiero estar seguro de ello. Esta vez entraremos extremando nuestras prevenciones, y se analizará absolutamente todo cuanto quede en nuestras ropas y utensilios, hasta agotar las posibilidades.

—Parece pensar en un virus, una bacteria... o un elemento vivo de este planeta —indiqué.

—Sí. Pudiera serlo —encogiose de hombros—. Sólo que no tenemos seguridad alguna.

—Y una vez dentro de la Colonia, ese algo viviente provocó la epidemia de terror, ¿no es cierto?

—Es factible, ¿no? Acaso lo inhalamos, tal vez está allí, emitiendo algo, radiaciones o lo que sea...

—¿Hace mucho tiempo que se presentó la epidemia de terror?

—Cosa de dos meses —suspiró el doctor—. Justamente lo que hemos tardado en hacer otro viaje al exterior de Saturno: este de hoy. ¿Se da cuenta de la casualidad?

—Me doy cuenta. ¿Mucho tiempo después de esa última expedición anterior?

—No mucho. Cosa de cuatro o cinco fechas —recordó Sonia.

—¿Frecuencia de aparición de los síntomas?

—A veces una semana. Otras, dos o tres fechas solamente. Una vez hubo dos accesos en un solo día. Es muy variable. No tiene norma, comandante —me explicó Sonia, sombría.

No dije nada. Aquel asunto tenía facetas pasmosas. Incluso demasiado pasmosas. Pero quizá el doctor Sahk tenía razón en sus teorías. Aventuré otra pregunta, mientras seguíamos alejándonos de la colonia:

—Doctor, ¿quiénes fueron miembros de la expedición anterior?

—El doctor Ingram, yo mismo... y otros dos miembros.

—¿La enfermera Sonia, tal vez?

—No —negó ella—. Yo no.

—¿Quiénes, entonces?

El doctor tuvo una cierta vacilación. Luego, habló de mala gana:

—Una joven pareja: Brad Nolan y Aura Farrow...

—¿Quiénes son ellos?

—Actualmente, dos reclusos —dijo fríamente el médico—. Esperan la ejecución en la Cámara de Misericordia.

—¿Ejecución? ¿Por qué?

—Mataron —dijo Sonia—. Mataron a otros ciudadanos de la

colonia. Se convirtieron en dos dementes, dos psicópatas asesinos... y ni siquiera sabemos aún por qué...

Nos habíamos detenido.

Alrededor nuestro, el sonido era insoportable ya:

Zumb, zumb, zumb, zumb, zumb...

Bastó una presión de nuestros dedos enguantados, en la válvula exterior de nuestros trajes espaciales, para que sobre nuestra boca abierta se deslizase mecánicamente una cápsula de proteínas, vitaminas, aminoácidos e hidratos de carbono, con la dosis precisa de calorías, para saciar nuestro posible apetito; la sed la calmamos con una cápsula de agua solidificada, que se tornó frío líquido al contacto de nuestra boca.

Me sentí mejor, aunque debo confesar que mi apetito era nulo, con aquellas cosas hediondas y repugnantes, adheridas a nuestro calzado, ropas y, sobre todo, escafandra. A Sonia no le había faltado razón. Incluso parecían mirarnos, aunque yo no descubrí ojos en su forma.

Eran como placas. Babosas del tamaño de lagartijas o peces pequeños. Ovoides, aplastadas, viscosas, soltando un vaho cristalino, pegajoso, que dejaba huella en la escafandra, pese a su compuesto químico antivaho y antimuchas cosas. Cuando pisaba un puñado de ellas, no sentía su crujido. Era como pisotear gelatina. Algo fofo, blando, asqueroso.

Y luego, su maldito sonido, su cantilena irritante y repetida, que era como una sinfonía alucinante en torno, invadiendo nuestro encierro:

Zumb, zumb, zumb, zumb, zumb...

Aquella especie de *picnic* absurdo y repulsivo que iniciara el doctor Sahk con nosotros, había ido a tener su alto, su acampada en toda regla, en una especie de altozano o promontorio redondeado, acaso por la erosión de los agrios vientos polvorientos de Saturno, donde se alzaban una especie de sarmentosos líquenes, en torno a un pantano denso, verde gris, del que emanaban brumas dignas de un viejo film de terror. Pero esa neblina tenía un matiz amarillento, bilioso, algo luminiscente. Esa claridad difusa y la de nuestras lámparas de viaje, convertían al paisaje en un perfecto escenario del Averno mismo. El número de *zumbs* o babosas voladoras, era

interminable. Pasaban en bandadas, reposaban a millares en tierra... o flotaban, como placas sin vida, en el pantano.

Pero eso sí podía jurarlo: estaban llenas de vida. Bastaba verlas reptar por el calzado o volar a estrellarse, con seco impacto, en la escafandra, casi como golpeándose en mi propio rostro, con idéntica y repulsiva impresión.

Cuando pisaba a algunas de ellas, en mi caminar, palpitaban y se retorcían. Algunas no se movían ya. La muerte, sin duda, existía también en Saturno. Como existía la vida. Aunque fuese aquella ínfima forma de vida...

La cara de Sonia era un poema. El doctor Sahk resistía bien la vecindad de las babosas. Incluso se ocupaba de recoger ejemplares, bien vivos, en un recipiente hermético, donde era fácil introducir a las babosas, e imposible hacerlas salir luego, cuando giraba la tapa plástica del mismo, ajustándola. La repugnante visión de algunas docenas de aquellos seres, hacinados dentro del recipiente, era lo que acabó por darme náuseas. Intenté decir algo a Sonia:

—Este maldito lugar y esos bichos me exasperan... ¿Por qué no volvemos?

Sonia me miró, intrigada.

—¿Decía algo, comandante? —se interesó.

Sacudí la cabeza. Aquel maldito sonido era enloquecedor. Y no cesaba nunca. Más bien aumentaba:

Zumb —zumb— zumb —zumb— zumb —zumb... Zumb— zumb —zumb— zumb —z-u-m-b... ¡Clic!

Silencio. Total. Había terminado. Respiré con alivio. Ni un «zumb-zumb» más, gracias a Dios. Sonia me miró. Hice gestos con las manos denotando mi sordera. La vi sonreír.

Me había entendido. Y creo que me comprendía muy bien. Aquello era insoportable.

Seguía teniendo a las babosas en mis ropas, en mi escafandra, en todas partes. Pero al menos, no podía escuchar su maldito sonido, y eso ya era algo. Miré irritado a la esfera de vidrio plastificado. La golpeé con ambas manos, tiré de los animales...

Me costó arrancarlas. Las lancé lejos. Era inútil. Otras tres o cuatro se aplastaron contra el vidrio, obstinadas. Nunca como entonces creí notar que me miraban, y la idea me puso nervioso.

—¡Vámonos de aquí de una maldita vez! —rugí, sin saber que mi voz sólo podía oírla yo dentro de mi escafandra. Y que fuera, todo era silencio para mí. Aun así, no abrí de nuevo el resorte de intercomunicación. No estaba dispuesto a soportar más «zumb-zumb».

El doctor Sahk no me oyó. Tampoco Sonia, que miraba al doctor, hablando algo entre sí, según pude deducir.

Eché a andar, muy decidido, de regreso a la colonia, cuya luminosidad podía vislumbrar en la distancia, a través del oscuro día de Saturno, repleto de brumas y sombras. Mi forma de pisotear a las babosas fue cruel, pero no me arrepentí por ello.

Tras de mí, avanzaron el doctor y Sonia, gesticulando. No quise saber lo que decían. Si querían descubrir cuál era la razón del miedo en la colonia, que lo hicieran ellos juntos. Estaba harto de soportar aquella excursión dantesca.

Aceleré el paso, decidido. No necesitaba brújulas especiales para ver la ruta de regreso. Era clara, aunque no cruzase los mismos caminos exactamente. Lo importante era eludir el pantano, por si resultaba movedizo, y eso no era difícil, dada la bruma amarillenta que despedía aquella hosca materia blanda.

Miré atrás. Tras de mí corrían precipitadamente ambos. Vi que el doctor agitaba otra vez sus brazos, con énfasis, como avisándome algo. Y capté la expresión de temor en los ojos dilatados de Sonia Vogt. Pero después de verles chillar ante un monstruo inexistente que, por cierto, también me asustó a mí de modo considerable, sus terrores no me merecían demasiado respeto.

Debí rectificar a tiempo. Mi error fue creermme dueño de mis actos en aquel mundo que me era desconocido y hostil.

Y los errores, se pagan siempre. Cuando menos, yo lo pagué en esa ocasión.

Cuando quise advertirlo, era tarde. No sabía sonido en mi sistema interfono. Las babosas, sin saber la razón, no estaban ya en mi escafandra ni en mis ropas. Tropecé en algo. Y caí.

Me di cuenta de que unas raíces se habían enroscado a mis

piernas, estrujando mi traje espacial. Eran raíces gruesas como brazos, de un color púrpura rojizo, de piel tersa, lustrosa, como pudiera serlo la de una vulgar cebolla terrestre... Pero largas. Muy largas. Tanto, que me envolvían por completo las piernas.

Juré entre dientes, siempre dentro de mi propio silencio interior, y extendí las manos, soltando mi luz y mi arma para incorporarme y recuperarlas luego.

Fue increíble.

Luego, frente a mi escafandra, vi alzarse algo: un tallo gigantesco, color amarillo lívido, con manchas rojas, como una enorme flor palpitante que acercó a mi escafandra algo succionante, húmedo, pegajoso... Se adhirió a mi esférica envoltura de plástico... y ésta crujió, de modo alarmante.

Una especie de pétalos vibrátiles, vivientes, parecían besar, succionar mi escafandra. No podía luchar ni siquiera forcejear. Demasiado tarde, supe que estaba en poder de una gigantesca especie de..., de planta carnívora.

Y que aquella flor enorme y babeante..., era una boca vegetal, que iba a destrozar mi escafandra, engulléndome después...

CAPITULO VI

No luché.

Me era imposible, sin armas ni brazos, ni piernas. El crujido de mi escafandra me avisó de lo frágil de mis ropas, ante aquella fuerza vegetal desencadenada...

Entonces llegaron Sonia y el doctor, Sahk. Les vi enarbolar sus armas y disparar contra aquella enorme planta los chorros llameantes de sus pistolas.

Reventaron las raíces o tallos purpúreos de la planta..., en un repugnante alud de algo espeso, muy rojo, burbujeante, que lo invadió todo y me salpicó con violencia. Nunca vi nada más parecido a la sangre humana..., si es que no lo era.

Y no podía serlo, porque en Saturno no había seres humanos, salvo los habitantes de la colonia...

Siguieron ellos disparando, y la planta se desgajó en pedazos diversos, chorreando aquella pulpa suya, rojo intensa, en auténtica catarata de galones y galones de líquido escarlata virulento.

Las raíces soltaron mis piernas. La flor babeante dejó de succionar, y retrocedió, agitándose como la cabeza de una culebra furiosa. La vi dirigirse hacia Sonia. Me incliné y tomé mi arma de un charco rojo espeso. La alcé, disparando.

Tomé por blanco la flor o cabeza. Vi con deleite cómo reventaban tallos y pétalos, e incluso una corola, extrañamente parecida a una lengua succionante. Otro raudal escarlata brotó de la planta triturada, y ésta se abatió en el suelo fangoso, quedando inmóvil, como un gran reptil en su agonía, tras unos coletazos postreros.

Ahora sí giré mi interfono, y pude escuchar los reproches agrios del doctor Sahk:

—...Pudo usted haber muerto estúpidamente, en poder de esa planta devoradora... Comandante, no vuelva a cometer imprudencias semejantes... ¿Por qué cree que guiaba yo por estos terrenos de

Saturno? Aquí, las formas de vida son, evidentemente, muy distintas a las de nuestro planeta Tierra, ya irá dándose cuenta... ¿Está herido acaso?

—No, no me sucedió nada —murmuré, irritado conmigo mismo—. Gracias por todo, doctor. Y a usted, Sonia.

—El doctor tuvo razón —me acusó también ella—. Ha sido un grave error. Esas plantas devoran cuanto hallan vivo por doquier...

—Ya pude advertirlo... Por cierto, ¿esa pulpa que derramó...? Parecía sangre..., sangre humana, Sonia.

—No sea absurdo. Era justo lo que usted dijo: pulpa vegetal. Aquí no hay seres humanos a quienes devoren las plantas..., por fortuna para nosotros. Y los animales que existen en Saturno, son todos ellos de sangre fría, como las arañas, por ejemplo, en la Tierra...

—Sigamos —pidió el doctor, volviendo a situarse al frente de la reducida expedición—. Y no se separen de mí. Ya ha visto, comandante Rocket, lo peligroso que puede ser tomar decisiones propias, en un mundo que se desconoce.

Asentí. Y no tuve otro remedio que seguirle. Sonia caminó junto a mí, de regreso a la Colonia Z-06.

Ni siquiera miré atrás una sola vez. La experiencia con la planta carnívora había sido demasiado desagradable para intentar recordarla...

—¿Por qué ha pedido verme, comandante Rocket?

—Porque usted puede tener algo que contarme, amiga mía.

—¿Yo? ¿A usted? No sé de qué...

—Ante todo, no me guarde rencor. Recuerde que debía entregarla a las autoridades de esta base, apenas llegados a ella. Y más, sabiendo ellos su presencia en la nave. Era inevitable. Está bien señalado entre mis obligaciones como jefe de una nave espacial, señorita Rihnz.

Erika Rihnz, la polizón a bordo de la nave, me contempló gravemente, con sus ojos claros muy abiertos, y la expresión dubitativa. Al final, sonrió con lentitud.

—Está bien —dijo—. No le guardo rencor. ¿Qué quiere de mí?

—Es una pregunta experimental. Estoy tratando de ver claro en algo. ¿Usted tiene miedo?

—¿Miedo? No. No me importa lo que hagan conmigo. Estoy resignada a volver a mi Centro Psico-Reactivo, pese a que lo odio.

—No me refería a esa clase de miedo, sino a..., a otro miedo más agudo, más intenso. El miedo a algo monstruoso o desconocido. Terror, en suma.

—¿Terror? Pero..., ¿a qué?

—No sé. A algo inconcreto. O a algún monstruo que crea ver.

—Eso no tiene sentido —rechazó ella—. No estoy loca, si es eso lo que imagina de mí.

—Claro que no está loca. Por eso le pregunto. Señorita Rihnz, casi todos padecemos en esta base, actualmente, de una forma rara de miedo. Auténtico pánico, a algo que ni siquiera existe. Es..., es como una enfermedad.

—Nunca oí hablar de una enfermedad tan rara.

—Yo tampoco. Pero existe. Yo lo he padecido una sola vez. Otros ven repetirse el hecho. Se está investigando la posible causa, pero nadie sabe nada ni nadie entiende nada. Ni siquiera los médicos. He venido a este pabellón de aislamiento y le pregunto. Erika: ¿usted no ha notado nada parecido a eso?

—Puedo asegurarle que no tengo miedo alguno. A nada ni a nadie. ¿Responde eso a su pregunta?

—Sí, gracias —suspiró. La contemplé por el visor transparente que me separaba de ella—. Erika, no debió escapar de su Satélite Médico. Parece una chica sensata y equilibrada. ¿Para qué volver allá? Usted me da la impresión de estar curada de lo que tuviese...

—Y lo estoy, comandante. Pero en el Satélite Médico, no todo es perfecto, ni mucho menos. El tratamiento es injusto, cruel, brutal a veces. Los enfermos somos como conejos de Indias para los médicos y enfermeros... Aquél es un horrible lugar de pesadilla, créame. Por eso quise escapar. Por eso ahora, cuando sé que voy a volver..., estoy decidida. Decidida a matarme apenas llegue allí, comandante...

—¿Qué dice, Erika? No puede hablar así. Para los pacientes, a veces, un centro psiquiátrico es un lugar incómodo y desagradable, pero debe soportarlo hasta estar totalmente sana y, entonces...

—¡Estoy ya totalmente sana! —protestó ella vivamente—. Y ¿de qué me sirve? ¿De qué va a servirme en aquel laberinto para locos, donde el que sana vuelve a enloquecer bajo los métodos del doctor Schaaf? ¿Usted sabe la clase de monstruo que es el doctor Ludwig Schaaf, quizá?

—Es una eminencia médica, Erika —dije, calmoso, contemplándola con dolor—. Comprendo que, si dice cosas así, siga internada allí. ¿Por qué no razona y comprende que sólo tratan de ayudarla?

—Ayudarme... —gimió ella ahogadamente—. ¡Ayudarme! ¡Ni Schaaf ni sus discípulos predilectos hicieron nunca otra cosa que utilizar como cobayas a los seres humanos sometidos a sus cuidados y control! ¡El mismo me dijo un día, desafiándome a que probara eso a nadie, que tanto él como sus alumnos mejores, los que investigaron la mente humana junto a él, saben que los humanos son solamente cobayas por ahora, para experimentar en ellos, camino de la perfección científica absoluta! ¡Y se reía, reía como un demonio, al decirme eso! ¡Lo juro, comandante, lo juro...!

Respiré hondo, apartándome de la muchacha. Incliné la cabeza, aturdido.

—Bien, yo..., yo investigaré eso, cuando vuelva a pasar por el Satélite Médico, se lo prometo —mentí, para confortarla en sus obsesiones—. Gracias por todo, Erika...

Dejé a la muchacha con su expresión de auténtico miedo. Pero eso era un miedo diferente al que provocaba algún agente portador de Saturno en los habitantes de la Colonia Z-06. Era el miedo a sí misma, a su mente enferma, a su regreso al Satélite Médico del doctor Ludwig Schaaf... Casi todas las psicópatas, como en su caso, se inventaban increíbles e imaginativas historias, a veces llenas de convicción.

Sin embargo, algo había sacado en claro de mi visita a la infortunada joven: ella, cuando menos, no experimentaba el terror que sintiéramos el doctor Sahk, el doctor Ingram, Sonia y yo... ¿Era ella una excepción? ¿Era posible que los enfermos mentales no llegasen a ser víctimas de ese extraño mal?

La idea me sugirió otra: recordé que dos personas esperaban ser ejecutadas en la Cámara de Misericordia, destinada a los asesinos psicópatas cuya curación es problemática. Brad Nolan y Aura Farrow, dos de los primeros expedicionarios al exterior de Saturno, antes de presentarse los casos de terror pánico...

Decidí hablar de ello al doctor Sahk, pero éste se hallaba en los laboratorios, y había orden de no molestarle en su examen de las muestras traídas del exterior. Tuve que conformarme con su ayudante, el doctor Leif Ingram, que me atendió solícito.

—¿Qué es lo que desea, en consecuencia? —pidió Ingram, tras exponerle los hechos.

—Hablar, siquiera sea unos minutos, con la pareja sentenciada.

—Hum... —Ingram frunció el ceño, mirándome contrariado—. Es contra la ley, ¿ya lo sabe?

—Lo sé. Ambos conocemos bien la ley en el espacio y en las colonias terrestres, doctor Ingram. Aun así, insisto.

—Sólo el doctor Sahk es capaz de firmar una orden de visita a los condenados, como director de la Colonia Z-06. Pero la ejecución está señalada para esta tarde, y creo que el doctor estará hasta bien entrada la noche en los laboratorios. Va a ser muy difícil, comandante.

—¿No existe medio alguno de lograrlo? —insistí.

—Yo podría intentarlo, pero corro el riesgo de ser castigado por ello. El doctor Sahk es buena persona, pero muy rígido en ciertas cosas. ¿Por qué no lo hablé con él antes?

—No se me ocurrió la idea, hasta hablar con Erika Rihnz, su prisionera. Es posible que ello constituya una pista. Si logramos descubrir que los enfermos mentales o los que sufren alguna alteración psíquica, no sufren esas alucinaciones ni ese pánico, tal vez hayamos dado un gran paso en la localización— del motivo, del origen del mal.

—Nolan y la Farrow también experimentaron pánico —explicó Ingram gravemente—. Eso fue antes de que se presentara su..., su demencia homicida.

—¿Pudo degenerar el pánico... en la demencia homicida que cita? —me inquieté de súbito, clavando en él mis ojos.

—Pues no creo... —se detuvo, perplejo. Me miró—. Cielos, no se nos ocurrió jamás que...

—A mí sí se me ha ocurrido, doctor, pese a no ser médico —señalé, algo seco—. ¿Lo considera factible acaso?

—Tanto como cualquier otra teoría, debo admitirlo.

—¿Entonces...?

—No sé... Debería consultar con Sahk, pero a él no le gusta ser molestado en su laboratorio, en momentos como éste. Sigue creyendo que la razón de esa especie de alucinación colectiva está fuera de aquí, y...

—Ni siquiera sabemos si es una alucinación o si, realmente, vemos lo que queremos ver —le rectifiqué, pensativo.

—Usted..., usted nos habló de un monstruo fofo, gelatinoso y repugnante, de forma horrible —declaró Ingram con sequedad—. ¿Cree de veras que pueda existir algo así?

—He visto cosas peores en este planeta: babosas voladoras, plantas carnívoras, que parecen destilar sangre a torrentes... La verdad, doctor Ingram. No me sorprendería nada que hubiera otra clase de entes abominables como éstos.

—¿Y que aparecieran y desaparecieran como por artes mágicas? —dudó Ingram—. Eso sería aún más fantástico. Recuerde que nada de eso es detectado, pese a nuestros sistemas de control y vigilancia, que no existen medios de que seres monstruosos, aunque los hubiera en Saturno, puedan salvar las barreras protectoras de la base...

—Solamente le expuse una posibilidad. Una más, entre tantas otras. Quisiera salir de dudas, hablar con esa pareja condenada a muerte...

—Está bien. Vamos a hacer algo —dijo Ingram con repentina energía—. Usted y yo iremos personalmente a interrogarles. Veré de que nos concedan cinco minutos, con cualquier pretexto, en las celdas de condenados. Aunque no sé lo que dirá luego el doctor Sahk de todo esto, amigo mío...

—Deje esa cuestión para su momento adecuado —sonreí, pensativo—. Ahora, vamos a tratar de resolver el otro aspecto del problema.

—Espéreme aquí. Voy a tratar de resolverlo de alguna forma. No tardaré ni veinte minutos, si realmente consigo la entrevista con los condenados.

Cumplió su palabra. Un cuarto de hora más tarde, siempre por el horario terrestre, que era el que regía dentro de la colonia en Saturno, el doctor Ingram estaba de regreso con un volante amarillo, que agitó ante mí, con cierto aire de triunfo. Y también con una expresión preocupada en sus ojos.

—Vamos, comandante Rocket —me dijo—. Todo está a punto... y que Dios nos asista, si el doctor Sahk se enfurece por ello...

Le seguí.

Minutos más tarde, estábamos ante una joven pareja cuyo destino era morir en la Cámara de Misericordia aquel mismo día, por el delito de homicidio. Eran las leyes. En especial, si el asesino o asesinos eran anormales. Entonces, la fría ejecución en una cámara letal, se convertía en aquello llamado tan utópicamente «de Misericordia». Después de todo, era morir igualmente, aunque ello resultase de un modo dulce y suave. Pero la muerte siempre es igual, venga como venga. Yo iba a saber eso bien pronto, a costa mía. Pero en mi ejecución sumarísima, no habría jueces ni verdugos de mi

mundo o de otro mundo cualquiera.

Mi muerte sólo tenía un juez: Dios. Y un verdugo: mi propio ser, fatalmente enfermo...

Les contemplé con cierta amargura.

Siempre es ingrato enfrentarse a dos jóvenes cuyo destino es morir en plenitud de su existencia. Aunque se hayan hecho acreedores a ello.

Brad Nolan y Aura Farrow eran responsables. Aunque sólo fuese por un afán homicida de psicópatas. Habían matado. Leí su breve historial en una ficha electrónica:

«Cuádruple asesinato. Dos víctimas cada uno de ellos. Demencia incurable. Psicosis peligrosa. Sentencia de la computadora-juez: muerte misericordiosa.»

Me pregunté si sería justo todo eso. Si podríamos nosotros juzgar la clase de demencia que era curable o incurable. Si una máquina podía ser juez de alguien. Y si ese veredicto frío, elaborado por una serie de circuitos electrónicos era justo que se llevase a cabo, sólo porque una computadora así lo decidía.

Pero las leyes quizá nunca fueron justas, y el mundo puede progresar en muchos terrenos, sin que su legislación mejore demasiado. De cualquier modo, nada podía hacer yo, ni persona alguna, para discutir aquella decisión. Los dos jóvenes iban a morir. Eso era irremisible ya.

Les contemplé. Ellos también me contemplaron a mí en silencio. No parecían psicópatas. Su aire era apacible, tranquilo. El era de cabellos levemente rubios, ojos azules. Ella, morena y esbelta, de figura muy bien formada. Su ropa ajustada, realizaba esos encantos físicos.

Ingram se situó desde un principio como un simple testigo de la escena. Me dejó a mí la voz cantante con ambos condenados. Era una tarea incómoda, y no le gustaba realizarla. Debería ser yo quien lo hiciese. En cierto modo, tenía razón. Yo había solicitado aquello. Pero llegado el momento, tampoco resultaba demasiado grato para mí.

Sólo que quería hacerlo. Y lo hice.

—¿Brad Nolan? —pregunté.

—Sí —dijo él, agresivo. Sonrió, mirándome hostil—. ¿Quién es usted, amigo?

—Comandante Elmer Rocket, de la Tierra. En misión oficial en Saturno.

—¿Qué quiere saber?

—No muchas cosas. Tampoco hay tiempo para más.

—¿Algo sobre la forma en que Aura y yo liquidamos a aquellos tipos? —rió él, y ella, desde la vecina celda, de muros transparentes, respondió agudamente a su risa—. Se lo puedo contar todo minuciosamente, amigo. Ni Aura ni yo consideramos que una simple vida humana tenga tanta importancia. Ni las nuestras la tienen. No nos preocupa morir. Quizá sea incluso divertido...

—No quiero hablar de nada de eso —corté—. Sólo de la excursión.

—¿La excursión? ¿Qué excursión? —se extrañó el reo.

—La que hicieron un día al exterior de este planeta, con el doctor Sahk. Creo que, a partir de entonces, empezaron a sentir terror.

—¿Terror? No, no tenemos ningún terror ahora. Ni miedo a nada ni a nadie.

—Bueno, ahora tal vez no -suspiré—. Pero, ¿y entonces? ¿Vieron... monstruos? ¿Alucinaciones o cosas así, Nolan? Trate de recordar, por favor. Puede ser importante...

—Importante, ¿para quién? —rió la mujer, histéricamente—. ¿Para nosotros dos, tal vez?

—'No, para ustedes, no —acepté, bajando la cabeza—. Para los demás. Para los que viven o vivirán en Saturno, en otras colonias posiblemente, en futuro cercano... o remoto.

—¿Y qué pueden importarnos a nosotros los demás, ahora que vamos a morir? —rechazó Brad Nolan, airado—. ¡Vamos, lárguese y déjenos en paz de una vez, comandante!

Eran duros de pelar. Debí imaginarlo. Sacudí la cabeza, malhumorado. Comencé a moverme, dando media vuelta, para

alejarme con Ingram de allí.

—Muy bien —dije, con voz acerada—. Ustedes prefieren eso. No se lo reprocho. Están en su derecho de aborrecer a la Humanidad. Pero los demás no son culpables de sus propios errores, recuérdenselo bien. Vamos ya, doctor Ingram. No hay. nada que aclarar aquí.

—Se lo dije, comandante —suspiró el médico—. Son resentidos mentales y...

Les habíamos dejado ya atrás, cuando, repentinamente, sus alaridos hirieron nuestros oídos.

Nos volvimos en redondo. Yo corrí hacia la puerta transparente de sus celdas gemelas. Los guardianes armados se interpusieron. No era necesario que lo hicieran.

Dentro de sus celdas de materia vidriosa, Brad Nolan y Aura Farrow chillaban, con ojos desorbitados, manoteando contra algo que se les precipitaba encima desde la nada, y que sólo ellos podían ver. Sus rostros eran dos lívidas máscaras de terror..

Y sus voces, repetían términos parecidos o idénticos, con el mismo pavor el uno que el otro:

—¡Esos monstruos, por Dios...! ¡Esos horribles monstruos, quitadlos de aquí, quitadlos! ¡Oh, por favor, no! ¡No, no...!

Y sus alaridos llegaban a extremos inhumanos. Finalmente, se golpearon furiosamente contra los muros de vidrio, como posesos. Hubo que inyectar gas narcótico en las celdas, y ambos cayeron, inconscientes, con un ronco jadeo; sus ojos casi saltando de las órbitas.

—Cielos, otra vez... —jadeó Ingram—. Y ellos también, Rocket...

No dijo más. Súbitamente, sus ojos se desorbitaron, y contempló algo situado a mis espaldas, con auténtico pánico.

—¡Oh, no! —aulló—. ¡Esta vez es real! ¡Mire, Rocket...! ¡Ahí, tras de usted! ¡Va a atacarnos...!

Me volví, estremecido.

CAPITULO VII

No vi nada.

Absolutamente nada.

Aquel hipotético monstruo que iba a atacarnos, no era más real que los anteriores. Sin embargo, el terror de Ingram ahora era frenético. Sus ojos eran enormes, dilatados, cuajada su expresión por el pánico más profundo que jamás viera en mi vida.

—Serénese —avisé—. No hay nada. No existe nada. Está imaginando cosas otra vez y...

—¡Nooooo! —aulló.

Y apartándome de un violento empujón, se lanzó a la carrera, pasillo adelante, como si le persiguieran una legión de diablos. Yo, prevenido, sabiendo lo que había visto en otra ocasión, y el pánico irrefrenable que ello provocaba en cualquiera, incluso en una mente lúcida y equilibrada como la mía, sentí incertidumbre de mirar, de buscar algo, aunque fuese puramente imaginario, y producto estricto de mi fantasía.

No vi nada esta vez. Respiré con alivio. Me dispuse a alejarme de la zona destinada a los prisioneros y reos de diversos delitos, con una cierta complacencia por haber sido testigo de los dos hechos sin sufrir yo mismo las consecuencias, como ocurriera anteriormente.

Pero me precipité al sentirme complacido. Porque un instante después, el horror surgía ante mí, realmente pavoroso. Capaz de llevarme a los límites mismos de la demencia, por el camino del miedo irracional, irreprimible, demoledor.

Ellos estaban allí. Ellos. Esta vez no era un monstruo. No uno solo, ciertamente. No una forma espantable vulgar. Ni mucho menos.

Eran... ellos.

Los «zumbs».

Pero ahora enormes, gigantescos, hacinados en el corredor, reptando hacia mí, moviéndose como viscosos, oscuros peces vivos,

sin ojos y sin forma definida, pero blandos, gelatinosos, repugnantes... Y emitiendo, hasta ensordecirme, aquel extraño ruido, en un *crescendo* alucinante...

Zumb —zumb— zumb —zumb— zumb —ZUMB— ZUMB —
ZUMB— ZUMB —ZUMBBBBB...

—¡No, no, noooo! —aullé, lívido, retrocediendo, tambaleante, cubriendo mis ojos con horror, pero sintiendo aquel martilleo demoníaco en mis oídos:

ZUMB —ZUMB— ZUMB —ZUMB— ZUMB...

No supe lo que hacía, pero grité, grité y grité, huí despavorido, tratando de poner tierra por medio, tratando de huir al horroroso enemigo que se me venía encima...

«Zumbs» como lagartos, como pequeños caimanes como mínimo, se lanzaban vorazmente a por mí. Y sentía su repulsivo, viscoso, nauseabundo olor, llegándome en oleadas, cada vez más y más fuerte...

Así siguió la pesadilla angustiosa..., hasta que algo cayó sobre mis mejillas, con el impacto de auténticos bofetones. Reaccioné, miré aturdido hacia la persona que me golpeaba. Luego, sacudí la cabeza, lloriqueando, en el paroxismo de mi estúpido y torpe miedo:

—Dios mío... Dios mío, ellos... Me persiguen... ¡Doctor Sahk, son los «zumbs», pero con un tamaño enorme...! Y me persiguen, me acosan... Véalos, por todo el corredor...

—Comandante Rocket, tiene que serenarse —me dijo fríamente el médico—. Mire tras de sí. No hay nada ni nadie en ese corredor...

Vacilé, dudé, no queriendo mirar atrás. Veía mis manos temblar, mi cuerpo agitarse como una hoja al viento. Por fin, me decidí, giré la cabeza, lleno de terror... y no vi nada.

El doctor Waldo Sahk tenía razón. Nada de nada. No había tales «zumbs» monstruosos. No había nada ni nadie. Sólo calma, silencio, soledad. Y yo, huyendo de lo que no existía.

—Oh, Dios... —me dejé caer de rodillas—. Es absurdo, es absurdo...

—Lo es, amigo mío... —suspiró el doctor—. Cosas que, en nuestro estado normal, afrontáramos con decisión, aun siendo horribles, en este trance nos aterran de un modo instintivo, puramente animal. Y huimos, llenos de pavor, como cuando soñamos con cosas angustiosas y no sabemos reaccionar de otro modo... ¿Se da cuenta de lo que le dije anteriormente? Es un mal.

Un mal que está en nosotros. No sé si la alucinación nos causa el pánico... o nuestro pánico mismo crea esas alucinaciones, como una materialización de grotescos terrores... Sea como fuere, no es normal. Usted no lo padecía. Y lo padece ahora. Es algo. Un virus, un microbio, lo que sea. Y lo da este maldito planeta...

Me estaba serenando yo lenta, pausadamente. Me apoyé en el muro, enjuagué el sudor de mi rostro. Miré, pensativo, al médico.

—¿No..., no adelantó usted nada en sus investigaciones? —me interesé.

—No, nada —rechazó, airado—. Ciertamente, esos bichos, las babosas «zumb» no son responsables. Su análisis probó que son simples parásitos de zonas acuosas de Saturno, pero nada más. No poseen mal alguno que puedan transmitir.

—Entonces, ¿qué puede provocarlo?

—Lo ignoro. Voy a hacer examinar todos los sistemas de acondicionamiento de aire, alimentos y bebidas, para comprobar si su estado es perfectamente aséptico. Espero que sí, pero en algún lugar debe de estar el fallo... y quiero dar con él, sea como fuere.

—Doctor, ¿sabe usted si..., si todos, absolutamente todos los que habitan la colonia, padecen idénticos síntomas?

—Más o menos iguales —admitió el médico.

—¿Cuántos son, exactamente, los habitantes de la Colonia Z-06? —indagué.

—Si se molesta en estudiar su guía espacial, verá que aquí somos, exactamente, cuatrocientas cincuenta personas entre personal técnico, guardia armada, empleados y simples colonos con ansias de vivir en nuevos mundos, por incómodo que ello resulte. ¿Por qué lo ha

preguntado, amigo mío?

—Porque cuatrocientos cincuenta casos de pánico colectivo... son muchos casos, doctor. No creí que pudieran ser tantos. Pensé en posibles excepciones...

—No las hubo. Esperaba que usted fuese una de ellas ahora. Y no lo fue. ¿Qué me dice de su compañero de viaje?

—¿El teniente Vaszar? Hasta ahora, no sufrió alucinaciones. Pero no puedo estar seguro de que todo siga igual...

—No, no sigue igual —dijo una voz, a mis espaldas—. Acabo de atender a su subordinado, el teniente Vaszar, de una aguda crisis de terror...

Me volví. Era Sonia Vogt, la enfermera del doctor Sahk. Al escuchar su informe, suspiré, inclinando la cabeza:

—De momento que ahora, sólo tenemos una excepción en la base...

—¿Cuál, comandante? —se interesó vivamente el médico.

—Erika Rihnz, la polizón de nuestra nave... —informé—. Curioso, ¿no le parece?

—Muy curioso —admitió el doctor, perplejo—. Precisamente la persona menos equilibrada de todos nosotros...

—Sí, eso mismo pensé yo. Pero no se aferré a esa teoría. Ha fracasado.

—¿Fracasado? ¿Qué quiere decir? ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, el doctor Ingram se lo explicará más adelante —eludí, sonriendo—. Entonces, lo entenderá. Ahora, discúlpeme. Quiero ver cómo se encuentra mi compañero Vaszar...

—No me encuentro mal, comandante. Pero ahora ya sé lo que se siente al sufrir esa clase de pánico... y no quisiera repetir la experiencia.

—Tampoco yo. Pero he sufrido ya dos ataques —terminé de hacer unas anotaciones en mi agenda cifrada. La guardé, pensativo, y miré a Janos Vaszar. Su palidez actual y lo inseguro de su mirada, me recordó mis propias y desagradables experiencias. Le pregunté—: ¿Qué es lo que vio, realmente?

El eludió mi mirada. Habló con voz ronca:

—A..., a mi esposa. Aparecía como un espectro, ensangrentada, persiguiéndome implacable... Luego, se transformaba en una especie de enorme murciélago, volaba hacia mí, sus colmillos sangrantes... Fue horrible —se enjugó el sudor de un manotazo.

—Entiendo —me moví por la cámara, pensativo—. Cada uno de nosotros ve algo que realmente lleva en su mente, deformándolo... y de no ser así, ve figuras espantosas y ridículas. Pero todo eso no justificaría el terror desatado, en hombres como nosotros. Lo peor es que nos atrofia la mente, nos trastorna, nos sume en una demencia total...

—¿Y los científicos de esta base siguen sin encontrar nada concreto? —se quejó Janos.

—Nada. Parecen bucear en auténticas tinieblas. Ni siquiera saben aún qué puede producir el fenómeno. Pero es evidente que lo que ello sea, está aquí, en Saturno.

—Comandante, si una cosa así se repite, no sé lo que sucederá...

—Parece que se repiten con frecuencia. Toda la colonia experimentó tales sensaciones.

—¿Por qué no informan a la Tierra y piden ayuda? Es posible que un equipo de científicos, instrumentos más avanzados y potentes, pudieran detectar, o señalar el origen de ese extraño mal... Deberían también mantener un riguroso control sobre la mente de las personas

que aquí residen... Saber si está en nuestros cerebros la causa del fenómeno, por alguna causa concreta...

—Me temo que el doctor Sahk hace ya todo eso con su gente. Tiene aquí a cuatrocientas cincuenta personas, y debe tenerlas muy bien controladas, para evitar problemas más graves. Estas pequeñas colonias terrestres, han de funcionar siempre como auténticas bases militares o centros de investigación, bajo una autoridad férrea y perfectamente controlados todos sus componentes, del primero al último... De ese modo, personas como Brad Nolan y Aura Farrow, van a ser ejecutadas por cuádruple homicidio. Y cualquier situación anormal, queda inmediatamente controlada por el doctor Sahk y sus colaboradores. Ya vio cómo funcionan sus computadoras, en caso de Erika, nuestro «polizón» espacial.

—Me pregunto cuánto tardarán en saber que yo...

—Calle ahora —le interrumpí—. Es mejor que no diga nada aún.

—¿Por qué, señor Rocket?

Me quedé frío. Giré la cabeza.

A la puerta de nuestra cámara, estaba el doctor Sahk. Con él, su ayudante, el doctor Ingram. Y dos hombres armados, que encañonaban fijamente a mi lugarteniente. Respiré hondo. Todo había terminado para él.

—De modo que lo descubrieron —dije.

—Recibimos confirmación desde la Tierra sobre ustedes dos. Su informe era correcto, comandante —explicó fríamente el doctor Sahk—. No así el de su lugarteniente. ¿Por qué no informó, como era su obligación, de los cargos que pesaban sobre él, y de su forzoso arresto inmediato, por delito de homicidio?

—Prefería manejar el asunto a mi modo, doctor —dije, algo seco—. Recuerde que todavía soy el comandante de mi nave.

—Y recuerde usted que yo todavía soy el director y responsable de la Colonia Z-06, comandante —me replicó bruscamente Sahk—. Es misión mía arrestar al teniente Vaszar... y a usted también.

—¿Cómo? —exclamé, aturdido—. ¿A mí? No tiene autoridad para eso, doctor...

—Lamento decirle que aquí sólo existe mi autoridad. Si lo deseo, puedo internarle hasta que la Tierra decida lo que se hace con usted —me miró curiosa, fríamente—. Pero teniendo en cuenta las circunstancias, no haré tanto. Su arresto será sólo... domiciliario. Digamos que no le autorizaré a abandonar Saturno por el momento..., ni podrá salir de esta cámara hasta nueva orden. Cualquier desobediencia, por parte suya, acarreará las más graves consecuencias. Mis hombres tienen orden de disparar. Y lo hacen a matar, no lo dude, comandante.

—¿A qué circunstancia se refería usted?

—A las suyas, por supuesto. También su informe me ha revelado algo. Pero esta vez fue mi computadora clínica. Padece usted una dolencia incurable, comandante, ¿no es cierto?

—Sí —afirmé, cansado—. Es cierto. No se le escapa nada, ¿en, doctor?

—Absolutamente nada —sonrió él fríamente—. Padece usted el mal de Ackerham.

—Eso es. Me quedan unas semanas de vida. Muy pocas.

—Señor... —Janos me miró, perplejo, dolorido—. ¿Por qué no me lo dijo...?

—A nadie interesa demasiado mi vida, teniente —dije con una mueca amarga—. Después de todo, mi esposa hubiera podido ser quien se interesara por mí. Pero ella prefirió el divorcio. Y me dejó solo. Nos separamos antes de este viaje. No pensaba volver. De modo que tanto dará morir en una celda como en esta cámara, doctor Sahk.

—Solo, lejos de su mundo... y enfermo incurable. Lo siento de veras, comandante. Personalmente no tengo nada contra usted. Es sólo que la ley debe cumplirse en mi colonia, por encima de todo. Ingram ya me contó que visitaron a Nolan y la Farrow. Hizo mal, pero eso ya no tiene remedio. Fueron ejecutados hace una hora. Los dos. Murieron misericordiosamente. Sin sufrir en absoluto.

—Entiendo —afirmé, despacio. Vi salir a Janos Vaszar, que me dirigió una mirada silenciosa, casi patética, de despedida afectuosa. Me acerqué a Sahk—. No maltrate a ese hombre, doctor. Es culpable, y lo acepta. Pero su esposa se había afiliado a los neo-fasz. Era un peligro para la sociedad. Y se creyó obligado a ejecutarla, antes de que ella cumpliera su tarea destructora. Sólo que no pudo probarlo aún.

—Que su esposa fuera neo-fasz, no es motivo para morir —centellearon los ojos del doctor Sahk agudamente—. ¿Usted aprueba tal cosa?

—No soy yo quien debe juzgar. No soy juez ni jurado en el asunto.

—Ya actuó en parte como tal, al proteger a su compañero de viaje. ¿Eso significa que está conforme con la ejecución de la señora Vaszar por su marido?

—Bueno, si insiste, le diré que eso, con ser un delito, no lo es menos que los que personas como ella, en nombre de una nueva ideología política, destructora y fanática, cometen día tras día en nuestro planeta... y fuera de él. Las células de organismos neo-fasz, abundan más cada vez en nuestro pobre mundo. La gente nunca está contenta con nada, ni siquiera con una paz de siglos. Y busca nuevas guerras, nuevos holocaustos.

—Las guerras, mi querido comandante Rocket, son necesarias a veces —sonrió el doctor Sahk, con frialdad—. Y también los holocaustos, cuando conducen a un mejor nivel para los elegidos que disfruten de un futuro...

—Habla usted como un neo-fasz, doctor Sahk.

—Es que lo soy, amigo mío —rió entre dientes el médico—. Lo soy... y me siento orgulloso de ello. Por eso no puedo soportar que gente como Janos Vaszar ejecuten impunemente a su propia esposa, por elegir ella una idea política que le pareció sana. Le diré lo que voy a hacer con Janos Vaszar, comandante Rocket: le someteré a la justicia de mi computadora-juez.

—¡No puede hacer eso! —estallé, palideciendo—. La computadora... le declarará culpable.

—Por supuesto —sonrió él—. Si es culpable, la computadora así lo dirá.

—La sentencia sería... a muerte.

—Si es así, será ejecutado. Es la ley.

—¡Janos Vaszar tiene que ser juzgado en la Tierra, no aquí! —protesté violentamente.

—Señor Rocket, olvida usted cierta ley de los vuelos espaciales: Si un hombre, culpable de algún delito en otro planeta habitado por el ciudadano humano, fuese capturado en otro lugar cualquiera sometido a las leyes internacionales del espacio, esa persona podrá ser juzgada y condenada, si así lo considera la jurisdicción local. Y aquí, yo, comandante, soy la ley.

—¡Pero no puede hacerlo! ¡No debe hacerlo! —grité, corriendo tras él.

—Puede estar seguro de que lo haré —dijo.

Y cerró de golpe la puerta de la cámara. Oí girar la llave en la cerradura. Fuera, percibí pasos de botas militares. Era prisionero. Prisionero del doctor Sahk y su especial autoridad. Lo peor de todo: prisionero de un hombre inteligente, culto, autoritario... y afiliado al movimiento extremista neo-fasz.

La vida de Janos Vaszar no valía nada en estos momentos. Posiblemente tampoco la de la bella polizón que trajimos a bordo. Ella era una muchacha mentalmente enferma, según el informe del Satélite Médico Número 11, del doctor Ludwig Schaaf. Y un principio del Movimiento Neo-Fasz, era considerar como seres inútiles a los enfermos mentales, a quienes se debía ejecutar o destinar a experimentaciones científicas...

Eso me hizo recordar algo: el propio doctor Schaaf, del Centro Psico-Reactivo... ¿era un neo-fasz!

¿Tendría razón Erika, cuando afirmó que aquel hombre, en vez de sanar a sus enfermos, los conducía a la demencia total o la muerte?

Sin saber la razón, me sentí repentinamente asustado. Asustado por varias cosas. Ninguna de ellas me afectaba a mí, porque mi vida, a fin de cuentas, no valía nada.

Pero repentinamente, tuve miedo.

Y este miedo, no era como aquel que nos provocaba algo intangible en la Colonia Z-06. Esta vez, era un miedo infinitamente más sutil, más agudo, más cerebral...

El miedo a no haber visto antes muchas cosas como realmente eran.

CAPITULO VIII

—¿No cena usted?

—No, gracias.

—Comandante, esto va a disgustar profundamente al doctor Shak.

—Lo lamento. No tengo apetito —rechacé, apartando la bandeja de alimentos abundantes y bien servidos.

Sonia Vogt, enfermera, frunció el ceño. Me contempló, pensativa. A su lado, dos guardianes armados me vigilaban celosamente. Había otro en el corredor. No era fácil escapar así.

—¿Quiere poner las cosas difíciles? —me interrogó.

—Yo, no —sonreí—. El doctor las puso difíciles anteriormente. No me gusta ser prisionero de nadie, ni ver gente armada en mi puerta. Exijo libertad total. O no probaré bocado. El doctor sabe la clase de dolencia que padezco. Dejar de alimentarse, precipita el fin.

—¿Cree que le va a preocupar su vida, comandante? —Posiblemente no. Pero entonces, podría hacerme asesinar. Le sería mucho más cómodo. Y también más rápido.

—¡El doctor Sahk no es un asesino! —protestó ella airadamente.

—Tal vez no. Pero va a manejar la ley a su antojo. Sólo por vengarse de un hombre que detesta a los extremistas, a los belicistas y criminales políticos.

—El teniente Vaszar es culpable. La máquina lo confirmó ya.

—Dios sea loado... —miré a la enfermera con expresión que debía de ser patética—. "¿Ya lo hicieron? Es una farsa. Una máquina no debe juzgar...

—La ley lo autoriza así. El doctor siempre cumple la ley.

—¿Está segura de eso? ¿Cree realmente que todo es legal aquí?

—¿Qué quiere decir con eso? —pestañeó ella, mirándome agresiva.

—No lo sé. Pero hay algo en todo esto que no me gusta. Su patrón, el doctor Waldo Sahk, estudió Psicología y Psiquiatría. Con el doctor Ludwig Schaaf, ¿no es cierto?

—Eso fue hace muchos años...

—Pero todos los alumnos del doctor Schaaf hacen lo mismo que él. Alguien me lo dijo, y no supe ver claro en ello. Para esos médicos, de raras ideas humanas y políticas, cada uno de sus centros clínicos no son otra cosa que centros de experimentación, auténticos núcleos de cobayas humanos... Ahora creo entender algunas cosas que no veía claras.

—¿Qué cosas? —se irritó ella, sin desviar de mí sus ojos.

—La población de esta colonia... —habló agitado—. ¿Dónde están todos? ¿Qué hacen? ¿Dónde se meten? Apenas si he visto a unos pocos. Y cuatrocientas y pico de personas no se ocultan fácilmente, por muy organizada que esté la vida dentro de la colonia...

—Está imaginando cosas raras. No logro entenderle...

—Sonia, no sé si es usted una buena chica o una leal servidora de ese hombre, pero sospecho que algo extraño, algo inquietante, está sucediendo aquí. Desde esos accesos de terror loco, hasta esas ejecuciones sumarísimas... ¿Qué ocurre en realidad en la base? ¿Qué está haciendo el doctor Sahk con su población de colonos terrestres, desplazados a Saturno?

—No debería hacer esas preguntas. Ni lanzar ciertas insinuaciones. El doctor salvó su vida allá fuera, cuando la planta carnívora le atacó...

—Es cierto —asentí, mordiendo el labio pensativo—. Cuando la planta carnívora me atacó, él vino en mi defensa, salvó mi vida... Debo agradecerse, pero acaso era porque le convenía tenerme aquí con él. Quizá por eso desea cuidarme, prolongar mi vida todo lo posible... ¿Qué se trae entre manos? ¿De qué espera que le sirva yo en lo sucesivo?

—Se lo dije —murmuró ella, sacudiendo la cabeza, con ira—. Está dejándose llevar por su imaginación. Lo lamento, pero no hay remedio. Seguirá aquí encerrado. Y le aconsejo que coma. Es por su

bien. Si le obliga, el doctor le forzará a alimentarse como él quiera hacerlo.

—¿Siempre se sale con la suya, quizá? —apunté, burlón.

Sonia Vogt me miró largamente. Su respuesta fue tajante:

—Siempre —dijo.

Y salió, con sus guardias armados, dejándome solo otra vez.

Había ya tres bandejas de alimentos sin probar.

Sonia no había vuelto. Me servían los guardianes de Sahk. El médico tampoco daba señales de vida.

La primera que dio, fue aquel día, cuando me sirvieron la cuarta bandeja y, en silencio, retiraron las anteriores. Una voz sonó, en un amplificador del muro:

—¿Sigue resistiéndose a comer, comandante Rocket?

—Sigo, doctor —repliqué, incisivo—. Y exijo salir de aquí, libre por completo.

—Deberá comer algo, o no habrá diálogo. No va a lograr nada con rebeldías.

—Eso, ya lo veremos.

—Siempre saldrá perdiendo —hubo una pausa. Luego añadió fríamente—: Sí quiere rezar algo por su amigo Janos Vaszar hágalo. Ya ha sido ajusticiado.

—¡Asesino! —grité, roncamente, apretando los puños.

—Vaya... ¿Empieza a pronunciar palabras gruesas? Me defrauda usted, comandante.

—Asesino... —repetí, iracundo—. Esa ejecución era ilegal, injusta... ¡Ese hombre tenía derecho a ser escuchado ante jueces y abogados, en la Tierra!

—Tenía también ese derecho aquí. No lo aceptó. Se negó a hablar. Fue condenado. Sin atenuantes. Pero murió con bastante valor. Incluso le dedicó un saludo, comandante. Le dijo que... gracias por todo. Y suerte, en esta vida o en la otra.

—Pobre Janos... —murmuré; furioso, descompuesto, lleno de tremenda ira impotente. Tiré bandeja y alimentos de un manotazo, ante mis guardianes, que se miraron perplejos—. ¡Doctor Sahk, le acusaré de asesinato ante las autoridades terrestres y espaciales,

aunque sea lo último que haga en mi vida! ¡Lo haré antes de morir, doctor! ¡Usted no podrá evitarlo!

—Estoy evitando ya que cometa errores y torpezas, comandante. Acaba de tirar sus alimentos. Bien. Le haré enviar otros. Si no come, no tiene posibilidad de salir con vida.

—Es que no puedo ni quiero salir con vida, doctor. No tengo curación, usted lo sabe.

—No tenía curación, es mejor decir —rió la voz de Sahk—. ¿Qué le parece eso?

—Está mintiendo. No hay remedio para mí. Nunca lo hubo.

—Nunca lo hubo... hasta hoy. Lo hay aquí: en Saturno. Lo poseo yo.

—Usted... Está loco, Sahk.

—Soy un médico. Un investigador. Como tal, me vanaglorio de mis hallazgos. Uno ha sido la vacuna contra el mal de Ackerham. La poseo. Y quiero experimentarla en el primer enfermo de ese mal que llegó a mis manos: usted.

—¿Por eso protegió mi vida hasta hoy?

—Exactamente por eso. No hay más enfermos de su mal a mi alcance. En seguida adiviné su dolencia cuando le vi. Cierta dilatación de sus pupilas, una coloración cérea en sus uñas... Le hice examinar por mí computadora clínica, sin que usted lo notase. Era cierto. Tenía ese mal. Y yo..., yo estaba a punto de hallar la vacuna, el suero prodigioso... Por eso esperé, por eso luchaba por proteger su vida de todo riesgo..., como en el exterior, en el estúpido accidente con la planta carnívora... Esas plantas glotonas siempre tienen hambre, y usted fue a parar a ella... Lamenté destruirla, pero no había otro remedio. Era un bello ejemplar vegetal para un investigador...

Sentí un escalofrío.

—Doctor... Esa planta..., esa planta no podía nutrirse en Saturno... de seres humanos... —aventuré.

—Y no lo hacía. Se nutría solamente de unicelulares, de babosas «zumb»..., hasta que tuvo mejor alimento...

Mi horror alcanzó las cimas de las náuseas. Mi sospecha era terriblemente cierta.

—Seres humanos... ¡Le daba usted a engullir seres vivos... de esta colonia...! —dije con voz ronca.

—Un medio de alimentar la planta... —su voz sonó risueña—. Compréndalo, amigo mío... Un medio científico de investigar, de mantener y cuidar una pieza semejante..., hasta que su torpe acción me obligó a destruirla...

—De modo que su roja pulpa era... —sentí horror. No necesitaba saber más. Cerré los ojos, despavorido. Ahora sabía adonde fueron a parar la mayoría de habitantes de la Colonia Z-06. Era un caso aterrador, demoníaco.

—¿Qué decide, comandante? ¿Acepta la vacuna?

Me puse tenso. Estaba tratando con un maníaco. Con un genio de la Medicina, pero enfermo mentalmente por ideas fanáticas, crueles, de absoluto desprecio hacia las vidas humanas que, para él, eran como las de vulgares conejillos de Indias en un gran laboratorio... Insultarle, luchar heroica e inútilmente, era una perfecta estupidez. Nunca saldría de allí, sino para ser lanzado a sabe Dios qué horrible final, para servir de alimento a algo monstruoso, allá fuera...

De modo que cambié mi táctica. No había otro remedio, llegando a aquel punto alucinante de tan siniestra verdad.

—Muy bien —dije roncamente—. Comeré. Pero sólo a cambio de que me sea aplicada esa vacuna, doctor Sahk...

—Perfecto. Va entrando en razón, ¿eh, amigo mío...?

—Una pregunta aún, doctor Sahk.

—¿Cuál?

—¿Qué hará después, una vez aplicada su vacuna? ¿Me hará asesinar, tal vez?

—Es muy posible —rió huecamente—. De momento, le ofrezco la vida. Esa vacuna tardará un mes en alcanzar su culminación. Un mes es el plazo que necesito para estar seguro de que he triunfado. Para entonces, usted no conservará en su cuerpo ni el más leve vestigio de su mal incurable. Habrá significado la victoria de la ciencia. Mi

victoria, comandante Rocket.

—¿Y..., después? —insistí.

—Después..., ¿quién sabe? Deberá correr ese riesgo. Naturalmente, estará siempre sometido a mi control, estrictamente vigilado. No sueñe siquiera con poder evadirse o comunicar cosa alguna a la Tierra o a cualquier Centro Espacial del Sistema Solar.

—Me resignaré a eso..., si sobrevivo.

—Sobrevivirá, estoy seguro. Será usted el vivo ejemplo de mi gran obra investigadora. Ahora, coma algo. Mañana iniciaremos el tratamiento...

El tratamiento.

Estaba iniciado ya. Era la primera de las vacunas. La sentí penetrar en mi sangre. Me dio una gran somnolencia. Estaba ligado a la mesa de operaciones del doctor Sahk. Era imposible moverse de allí. Tampoco lo hubiera intentado.

Estaba el doctor Ingram, la enfermera Sonia Vogt... Todos colaboraban con el monstruo. Eran sus discípulos, como él lo había sido del siniestro doctor Schaaf. Resultaba imposible encontrar a alguien que luchara a mi favor.

El doctor Sahk me contempló, con su mirada ardiente y obstinada, muy fija en mí. Sus manos enguantadas terminaron la labor. Con parsimonia, sonrió, inclinándose hacia mí.

—Es el principio —dijo—. La primera dosis. El primer paso para la vida, comandante Rocket.

—Quisiera creerlo así, doctor —murmuré, pensativo—. Pero es demasiado hermoso para imaginarlo.

—Puede empezar a creerlo. Mañana tendré su primer análisis. Pero estoy convencido de mi éxito. Siempre logro lo que me propongo...

—¿Incluso enloquecer a la gente, haciéndole ver alucinaciones y sentir un terror irracional que los convierte en auténticos animales presa del pánico? —le recordé.

—Oh, eso... —rió entre dientes—; Maravilloso experimento, ¿no, comandante?

—Era obra suya. Debí imaginarlo, doctor...

—Yo mismo fui sujeto de mi experimento, recuérdelo. No me quedé al margen de ello, la verdad. Pero le mentí. Siempre supe lo que producía eso. Y cómo producirlo dentro de mi colonia... Era una forma de graduar la demencia, de arrastrar a las personas a la locura, a un pánico instintivo e irrefrenable... Usted lo experimentó, bien lo sabe.

—¿Cómo lo conseguía?

—Oh, no era nada difícil. La clave no estaba en Saturno, ni en sus plantas, criaturas vivas o minerales. Nada de eso. Es mucho más simple. Todo accionando... una máquina.

—¿Una máquina?

—Una vulgar máquina alucinógena, que actuaba sobre ciertos puntos sensibles de la mente humana, excitándolos con sus ondas, emitidas en una cierta frecuencia, a través de toda la colonia... Esa máquina trastornaba las células del cerebro, excitando los puntos sensibles al miedo, creando un pánico artificial, digno de auténticos animales... y creando en la mente del sujeto una visión dantesca de algún horror...

—¿Usted posee esa máquina?

—En efecto. Me sirvió para enloquecer a muchos habitantes de mi colonia, cuando pretendieron terminar con mis experiencias y denunciarme a la Ley Internacional del Espacio, por emplearles como cobayas. Los muy imbéciles... Me deshice de muchos por ese medio. Antes de saber lo que les sucedía..., estaban en las fauces vegetales de la planta carnívora...

Cerré los ojos, asqueado.

—Es monstruoso —dije con voz ronca.

—Para usted, tal vez. Para un científico, hacen falta medios, laboratorios, sujetos para sus experiencias. ¿Quién se preocupaba de saber lo que hacían aquí mis colonos? Siempre elegí a gente sin familia... o parejas solitarias, como Brad Nolan y Aura Farrow...

—Ellos... eran inocentes, ¿verdad?

—Por completo —rió burlonamente Sahrk—. Mi querida planta acabó con las cuatro presuntas víctimas de ellos dos. Naturalmente, logré mantenerles en estado de psicosis violenta, gracias a las ondas de mi máquina alucinógena... Algún día, cuando usted esté ya a salvo de la muerte clínica..., le mostraré mi gran obra cibernética... Entre tanto, seguiremos con el tratamiento de su mal que, como el de otras dolencias incurables hasta hoy, hallé en el suelo de Saturno, en esas babosas de repulsivo aspecto, entre otras, para crear vacunas que revolucionen la medicina mundial. ¿Cree que ante una obra así, cuentan las vidas humanas realmente?

—No sé si decirle a usted que es un genio... o un monstruo. Quizá ambas cosas, doctor.

—Quizá —admitió él, encogiéndose de hombros—. De cualquier modo, voy a devolverle la vida, comandante.

Una vida que ya daba usted por perdida hace tiempo, desde que inició su último viaje a Saturno.

—Y que luego perderé, probablemente, a sus propias manos —repliqué, escéptico.

—Probablemente, sí. Vamos, Ingram, llévenlo a su cámara y que repose. Mañana veremos el resultado inicial...

—Una pregunta, doctor Sahn.

—¿Sí?

—Quisiera..., quisiera saber si..., si aún vive esa muchacha, la polizón de mi nave...

—¿Erika Rihnz? —sonrió—. Claro. Aún vive.

—Cielos, menos mal... —musité.

—Pero no se haga demasiadas ilusiones —sonrió con expresión demoníaca—. He recibido un mensaje cifrado de mi colega y maestro, el doctor Ludwig Schaaf. Me autoriza a disponer plenamente, y a mi voluntad, de esa muchacha. Ella nunca volverá al Satélite Médico. Es otra cobaya de inapreciable valor para mí...

Me dominé como pude, ante la horrible noticia. No debía revelar mi furia, mi asco, mi indignación y mi violenta cólera por el peligro que corría la muchacha. Me limité a murmurar, ya camino de mi encierro, sobre la mesa rodante, a la que permanecía atado por fuertes bandas plásticas:

—Me gustaría... hablar con ella, siquiera una sola vez, antes de..., de que usted la utilice en lo que sea, doctor. Es un ruego que le hago.

—Vaya... —me miró irónico—. ¿El comandante Rocket se nos ha enamorado de la bella joven?

—Es sólo un interés personal en ella.

—Ya. No le prometo nada, intentaré complacerle... —se encogió

de hombros—. No antes de fin de semana, desde luego. El día en Saturno es corto, comandante. Sin darse cuenta, el tratamiento habrá terminado...

* *

Y fue verdad.

El tratamiento había terminado.

Casi sin darme cuenta. Sin advertirlo, la última dosis de vacuna había pasado a mis venas. Yo no había vuelto a insistir sobre lo de Erika. Mi temor interno era muy grande. Tal vez cualquier día me enterase de que la muchacha ya ni siguiera existía, tras ser sometida a algún horrendo experimento.

Sin embargo, ese último día de tratamiento, el doctor Waldo Sakh me sorprendió gratamente. Al menos, dentro de lo que cabía...

—Bien, comandante Rocket —dijo—... Aquí tiene lo que quería...

Y me condujo, a través de una amplia puerta vidriera de su quirófano y laboratorio, hasta otra cámara inmediata.

Allí estaba Erika, la muchacha del Satélite Médico. Nuestra polizón, descubierta por los rigurosos sistemas de control electrónico del doctor Sakh.

La contemplé desde mi camilla móvil. Y ella a mí.

—Comandante... —murmuró—. "¿Qué le están haciendo?

Estaba pálida, demacrada. Sus ojos revelaban terror. Pero un terror profundo y natural, no aquel pánico demencial de la diabólica máquina alucinógena del doctor Sakh.

—No tema —la calmé—. No me hacen nada. Por el contrario, me están curando.

—¿Curando? ¿De qué? —pestañeó—. El no puede hacer bien a nadie...

—Erika, yo sufría un mal incurable. El doctor Sakh es un monstruo, pero investiga en las ramas de la Medicina. Cree haber dado con un remedio. Quizá luego me haga asesinar o me use para

otro experimento, pero de momento, me ha dado la vida.

—No será para nada bueno. Comandante, usted tal vez no me quiso creer nunca, pero esto es como el Satélite Médico del doctor Schaaf... Son idénticos. Usan a todos como conejos de Indias, manipulan vidas humanas como si fueran ratones...

—Sé todo eso, muchacha —asentí—. Ahora lo sé.

—De modo que comprenderá... Era mentira todo. No estoy enferma mentalmente. Me encuentro sana, aunque al borde de la desesperación total...

—No parece una escena de enamorados —sonrió el doctor Sahk, sardónico.

—¿Enamorados? —dudó ella. Enrojeció, contemplándose—. Yo no...

—Tampoco yo, Erika —musité—. Pero tal vez haya algo afectivo, no sé... Quise verla antes de que fuese demasiado tarde para ambos. Es la última vez, desde luego. Espero que ocurra lo que fuere, se acuerde de mí. Me hubiera gustado volver a la Tierra con usted. Sólo que eso es imposible...

—Por completo —cortó el médico, con un suspiro.

Hizo un gesto autoritario—. Vamos, Ingram. Lleve a la chica a su celda. La necesitaremos mañana, para inocularle un mal nuevo, descubierto aquí, en Saturno...

—¡Canalla! —rugí, agitándome en mi camilla, impotente.

Ingram se retiró con la muchacha. Erika me miró desde la distancia. Oí su voz, antes de que desapareciera definitivamente de mi vista:

—¡Comandante Rocket, adiós! ¡Y ojalá salga con vida de esta, al menos para vengarme a mí y a tantos otros...!

Apreté los labios. Sahk reía, mientras me trasladaban a mi cámara, y comprobaba mi temperatura y presión. Parecía feliz. Sumamente satisfecho.

—Eso va bien —dijo—. Creo que lo hemos logrado. No queda apenas huella del mal en su cuerpo, comandante...

No dije nada. Estaba demasiado furioso para hacerlo. Ni siquiera la noticia de que mi incurable dolencia se había vencido, pudo darme el más mínimo residuo de felicidad.

Estaba pensando en Janos, en Erika, en tantos otros...

Y en mi tremenda, total impotencia para hacer algo, para intentar algo.

A la desesperada, traté de convencer al doctor Sahk, dominando mis propios escrúpulos, que eran muchos:

—Doctor...

—¿Sí, comandante?

—Doctor Sahk, tal vez yo podría... servir desde ahora, lealmente. Unirme a usted, para colaborar. Le prometería ciega obediencia. Todo eso, a cambio de algo: el perdón para Erika Rihnz. Su vida, doctor. Y yo cooperaré en todo con usted.

—Es una oferta interesante —suspiró, con una mueca burlona, fría—. Desgraciadamente, no puedo fiarme gran cosa de usted, comandante. No, no sería inteligente de mi parte correr ese riesgo.

—Ella sería mi propio rehén. Con ella a su lado, yo no haría nada perjudicial, doctor...

—No. Decididamente, no. No quiero aventurarme. Pero empiezo a estar seguro de algo: usted se ha enamorado, comandante Rocket.

—Sí. Me temo que sí. De un imposible...

—Exacto. Un imposible. Erika será mi cobaya mañana. No hay otra solución.

Hubiera querido asesinarle. Fría y deliberadamente. Pero me era imposible hacerlo. Mis brazos y piernas, fuertemente presionados, no podían moverse. El seguía siendo el más fuerte. El amo de nuestras vidas. Y de nuestra muerte...

CAPITULO IX

La computadora funcionó con sordo zumbido.

El doctor Ingram sonrió, examinando mi tarjeta clínica. Cambió una mirada complacida con la enfermera Sonia Vogt.

—Perfecto —dijo.

—¿Curado? —pregunté débilmente.

—Del todo. Desapareció el último vestigio del mal. Está a salvo. Totalmente.

—Vaya... —suspiré—. Me pregunto si ésa es una buena o mala noticia para mí...

—Tómela como quiera —rió Ingram—. Para mi patrón, es la gloria médica, el triunfo definitivo. Cuando regrese del exterior, va a sentirse radiante...

—¿Ha iniciado otra excursión? —mascullé.

—Sí —afirmó Ingram—. En busca de nuevas muestras para analizar... Está seguro de conseguir otra vacuna para ciertos males incurables de distinto tipo...

—El doctor Shak hubiera sido un gran benefactor de la Humanidad... si hubiese dedicado su inteligencia al bien —sentenció—. Lástima...

Ingram me conducía ya con mi camilla, de regreso a la cámara. Junto a mí, en silencio, siempre hostil y hermética, la morena y atractiva Sonia, la enfermera. En el muro, zumbó una luz roja. Ingram arrugó el ceño.

—Vaya, debo prepararlo todo para cuando regrese el doctor. Ahora recuerdo que quiere llevar a cabo dentro de una hora el experimento de inoculación de virus letales de Saturno en esa chica, Erika Rihnz...

—¡No, no lo harán! —gemí, agitándome en la camilla.

—Vamos, no se excite ahora—rió el doctor Ingram—. Sonia, lleve al enfermo a su cámara. Regrese luego conmigo. La voy a necesitar hoy.

—Sí, doctor Ingram —afirmó ella, inescrutable.

Y condujo mi camilla hasta la cámara. Los guardianes armados nos dejaron paso. Ella me depositó, con mi camilla, en medio de la estancia. Soltó algunas de mis bandas plásticas.

—Luego le traerán alimentos —dijo, mirándome—. Buenas noches, comandante. Y celebro que esté ya a salvo de su enfermedad...

No la contesté. Sonia abandonó la cámara. Se cerró la puerta. Me quedé solo en la cámara, donde estaba prisionero hacía tiempo. Sabiendo ahora que estaba ya sano por completo, a salvo de morir. Pero sabiendo que, aun así, mi vida nada valía. Y la de ella, la de la joven Erika, en estos momentos, estaba al borde mismo de la oscuridad eterna. Faltaban pocos minutos para que una muerte horrible se cebara en ella...

Caminé hasta el fondo de la cámara. Me puse de espaldas adonde yo sabía que se hallaban las cámaras ocultas de televisión. Y contemplé lo que Sonia, secretamente, acababa de dejar, de modo inesperado, entre mis manos.

Eran dos objetos: un proyector de gases letales. Y un arma de cargas térmicas...

Me pregunté si sería suficiente para morir matando. Y para salvar, como mínimo, a Erika...

—Tiene que ser suficiente —musité, casi salvajemente—. ¡Tiene que serlo!

Los minutos transcurrían lentamente. Demasiado lentamente para mí.

Aquella noche, se demoraron más que nunca en servirme los alimentos. Cuando entraron en mi cámara los dos hombres armados, de uniforme, con la bandeja de comida, yo permanecía sentado en mi camilla, con aire pensativo, de cara a la entrada. Otro quedó en el umbral, vigilándome.

Yo sonreí, sacudiendo la cabeza.

—Bien —dije—. Hoy tengo apetito... Debe ser el sentirme totalmente sano...

Ellos no hicieron comentario. Pusieron la bandeja sobre un soporte, ante mí. Se dispusieron a salir. Yo abrí la tapa de la bandeja de comida, con mi mano derecha. Luego, alcé mi zurda, oculta bajo las sábanas.

Apreté largamente el resorte de disparo del proyector delgas letal.

Les sorprendí. Ninguno de ellos entendió lo que sucedía. Comenzaron a desmoronarse, como peleles. Cayeron en mi cámara y en el corredor. Sin llegar a gritar o utilizar un arma.

El gas letal solamente causaba la muerte a quien envolvía directamente en su nube. Luego, se diluía en el acto, sin dejar rastro de su paso mortífero.

Me incorporé de un salto. Esgrimí las dos armas ahora. Me precipité al corredor, y emprendí por él veloz carrera. Me conocía muy bien el camino de los laboratorios. Lo había seguido día a día, durante el tratamiento de mi mal.

Sabía dónde encontraría a otros dos guardianes armados. Los envolví en otra nube de gas mortífero, antes de que pudieran saber lo que sucedía, ni quién se les venía encima.

Decidido, llegué cerca de los laboratorios. Los sistemas de alarma

no funcionaban. El doctor Sahk estaba demasiado seguro de sí mismo para haber establecido control riguroso alguno, dentro de sus pabellones. Le bastaba con sus hombres armados. O eso, cuando menos, era lo que él creía...

Me detuve ante las puertas automáticas de los laboratorios. Creía saber lo que había ahora al otro lado: los doctores Ingram y Sahk, su experiencia a punto... y una mujer. Un cobaya humano: la infortunada Erika...

Dispuse el arma de cargas térmicas. Esperé, a pie firme, ante aquellas puertas. Luego, decididamente, cargué contra ellas...

Hubo una convulsión en el quirófano. Dos rostros horrorizados se volvieron hacia mí.

El doctor Sahk reveló su enorme estupor. El doctor Ingram, también.

—¡Alerta! —aulló el primero—. ¡Es Rocket, ha escapado... y lleva armas!

Ingram se movió hacia mí, arrojándome algo. Salté de costado. Una especie de cápsula de vidrio se quebró en el suelo, donde yo estaba antes, y brotó un humo bilioso, acre. No me tocó, pero vi disolverse el suelo, bajo la acción del terrible ácido corrosivo.

Disparé sobre Ingran una carga explosiva. La bala térmica reventó sobre él, en una llamarada. Ingran chilló agudamente, empezando a convertirse en pavesas y carbón. Un humo fétido escapó de él...

El doctor Sahk, en ese momento, se situaba detrás de la mesa de operaciones donde aparecía tendida, con ojos dilatados por el terror, Erika Rihnz. Me señaló, con expresión terrible, y alzó sobre su víctima una especie de aguja hipodérmica de metal, cuya punta partiría como una saeta hacia la joven, en cuanto él presionara atrás, en su émbolo automático.

—¡Atrás, comandante! —rugió—. Un solo paso... y los virus de cien enfermedades espantosas y desconocidas, penetrarán sin remedio en el cuerpo de su joven amiga...!

Vacilé. Y me sentí, de nuevo, al borde del fracaso...

Si no era ahora, ya no sería nunca. Tenía que luchar. No podía ceder.

Sahk sabía de mi lucha interna. Me conminó, nuevamente:

—Tire sus armas. Llegaremos a un acuerdo amistoso. Pero ceda, Rocket, o ella va a sufrir algo mil veces peor que una muerte lenta... Vamos, obedezca. Sabe que lo haré sin dudar. No sé cómo llegó hasta aquí, pero mataré a la chica del modo más terrible que pueda imaginar. No ganará nada, salvo destruirme a mí...

—Doctor Sahk, aparte esa aguja de ella...

—No lo haré. Sólo cuando usted tire su arma.

—¡No lo haga! —gritó Erika—. ¡No tire el arma! ¡El me inyectará igual ese horrible cultivo de virus mortíferos...!

Yo estaba seguro de que así sería, pero tampoco podía condenarla a ella con mi propia actitud. Era un dilema terrible.

Y de súbito, se resolvió.

Se resolvió como yo jamás pensé que ello pudiera suceder.

Fue, una vez más, la mujer por quien todo esto había sucedido. Sonia Vogt, abnegada y llena de espíritu de sacrificio.

Sonia surgió lenta, cautelosamente, a espaldas del doctor. Llegó junto a él. Y, de súbito, se interpuso, echó atrás al doctor, se encaró ella con la extraña aguja hipodérmica...

Hubo un doble grito de horror. La aguja se disparó, penetrando en la piel de Sonia. La joven se convulsionó. Sahk palideció mortalmente, mirando con ojos desorbitados hacia mí.

—¡ Doctor! —aullé.

El intentó huir, pretendió escapar de mí, lanzándose hacia la puerta del fondo. No le dejé ir muy lejos.

Disparé. Una sola vez.

La carga térmica le alcanzó de lleno en el umbral mismo de salida. Se agitó, con un terrorífico boquete en su espalda, del que brotó humo, y todo se carbonizó en torno. Exhaló un alarido atroz, y le oí balbucear, mientras se revolcaba, exasperado, en el suelo:

—¡Yo..., un genio único..., morir... así..., estúpido..., comandante... Rocket...!

No dije nada. No hice nada, salvo acudir a Sonia. Ella me miró triste, dolorosamente. Su rostro se contraía horriblemente. La vi ingerir algo que tenía entre los dientes.

—Sonia... —murmuré.

—Comandante..., es mejor así. Veneno. No podría soportar... esas horribles enfermedades inoculadas...

—Entiendo. ¿Por qué lo hizo todo, Sonia...?

—Usted..., usted no merecía morir. Ni esa chica tampoco... Comprendí que era un maníaco, un demente... El pobre Janos... Me era simpático... y él lo aniquiló... Tenía que hacer algo, y lo..., lo hice..., por ustedes...

—Gracias, Sonia -le sonreí, emocionado—. Una gran chica, eso fue usted...

—Al menos..., supe rehabilitarme... de mis errores —jadeó, al morir.

Y ahí terminó todo para ella. Yo me incliné sobre Erika. La desligué de la camilla donde iba a sufrir su horrible suerte. Se abrazó a mí, exasperada, sollozando.

La conforté, besando dulcemente sus cabellos.

—Serénese, Erika —dije con voz suave—. Serénese... Esta vez va a volver..., pero no a un Satélite Médico. Ni a ningún otro horror, sino al mundo. A su mundo. Conmigo...

Ella sólo atinó a continuar sollozando...

FINAL

Y así fue.

Regresamos al planeta Tierra en la nave donde ella fuera antes polizón. Regresamos. Yo, con mi mal incurable definitivamente desaparecido. Sin Janos Vaszar. Pero con Erika.

Y con un amplio y alucinante informe para las autoridades terrestres. Allá, en Saturno, quedaba una base con unos pocos colonos, los escasos que sobrevivieron a las experiencias diabólicas del doctor Sahk.

Pronto subirían médicos honestos, personal de Sanidad y técnicos adecuados, para convertir la Estación Colonia Z-06, en lo que realmente tenía que ser: un centro avanzado en el Sistema Solar, para aquellos que querían colonizar otros mundos, e investigar nuevas formas de vida.

Pronto el recuerdo del siniestro doctor y sus andanzas, serían solamente eso: recuerdo, en las mentes de los privilegiados que sobrevivieron. Y en el Satélite Médico, el doctor Schaaf sería igualmente procesado por sus actividades indignas.

Después de todo, había una Ley Internacional a cumplir en el espacio exterior. Una ley que no era la feroz y despiadada de un hombre fanatizado por sus ideas científicas y políticas, por su obsesión enfermiza sobre experimentos con humanos cobayas...

Esa ley era la que nosotros, los viajeros del espacio, debíamos de hacer cumplir aquí y allá, adonde nos llevase nuestra misión controladora. Pero en esta ocasión, había que reconocer que no fue mérito mío alcanzar el éxito, sino de una mujer.

Una mujer que entregó su vida por esa legalidad y ese orden, por salvar unas vidas condenadas al más terrible de los holocaustos. Una mujer que quedó sepultada en Saturno, y de la que yo di un informe noble y digno, que enalteciese su recuerdo.

Si cometió antes errores, los había pagado con creces. Y del doctor Sahk, solamente podía yo guardar un grato recuerdo: mi curación total, gracias a su vacuna.

Eso hacía más insólita e incomprensible la personalidad de aquel hombre. Hubiera podido ser un auténtico genio, benefactor de la Humanidad.

Y prefirió convertir a ésta en un laboratorio repleto de cobayas. Había sido una espantosa mascarada científica, allá en otros mundos.

Pero ahora, cuando todo había terminado, yo tenía que recordar que, cuando menos, algo hermoso encontré en aquel viaje alucinante al terror.

Algo hermoso, que ahora sería mi esposa. Una esposa hallada cuando perdiera a la que egoístamente se apartara de mí al saberme mortalmente enfermo.

Erika...

Y con Erika, ciertamente, todo iba a ser maravilloso ahora.

Para mí. Y para ella también, desde que se convirtiera en la señora Rocket...

Nosotros sí habíamos encontrado algo más que horror y muerte, allá en Saturno... Mucho más. Y mucho mejor.